

Selección



CLARK CARRADOS

VIAJE AL CENTRO DEL INFIERNO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

RODÉS

SELECCION

TERROR

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 35.064 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallès (N-152,
Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

La atención de aquel joven espectador, más que por lo que sucedía en el escenario, estaba centrada en el fascinante escote de la rubia que tenía a su lado. La lástima era que la rubia iba con otro.

Frank *Butch* Potter se preguntó qué había podido ver la rubia en el canijo acompañante que tenía a su derecha. Era un tipo menudo, delgado, de cara chupada, con aspecto de ir a morirse de un momento a otro. Debía de tener algunas ventajas y no precisamente físicas. La exuberancia de la rubia contrastaba con el aire macilento y quebradizo de su acompañante. «Pero debe de nadar en oro», pensó el joven.

Y ésta, se dijo, era una ventaja irresistible.

La rubia, apreció, tenía cara de tonta. Pero sólo la cara. En sus ojos había mucha malicia. Era de esa clase de mujeres que aparentan ser vacías de mollera, porque saben que así gustan a los hombres. De todos modos, pensó Potter, no le desagradaría en absoluto suplantar al canijo. «Yo tengo algo por lo que él pagaría millones», se dijo. Sus veintiocho espléndidos años, su salud a prueba de bombas, su musculatura y su perenne optimismo eran virtudes que no tenían precio.

La rubia se volvió un instante y le dirigió una apreciativa mirada.

Potter sonrió. Ella sonrió también.

El canijo se apoderó de una de las manos de la rubia. Ella se volvió afectuosamente.

Potter tocó la rodilla de la rubia con la suya. Ella no la retiró.

La rubia devolvió la presión. Para Potter era evidente que también gustaba de los hombres jóvenes y fornidos.

En el escenario, el artista procuraba atraer la atención del público, efectuando diversos números muy espectaculares, ayudado por una bellísima morena, cuyo cuerpo aparecía prácticamente desnudo. Sólo llevaba dos estrellitas en los senos y un trocito triangular de tela plateada sujeto por un hilo del mismo tejido, además de los zapatos de altísimo tacón.

—Y ahora —clamó de pronto el artista—, yo, el Gran Irvine, voy a realizar el número más arriesgado que jamás se ha visto en un escenario, con la ayuda de mi hermosa colaboradora, Madeline. El número consistirá en reproducir la ejecución de Juana de Arco, aunque sin hoguera de leños, naturalmente. Los tiempos cambian y entonces, al menos en Francia, no se conocía el petróleo.

Sonaron algunas risas entre el público. Varios empleados del teatro trajeron una gran plataforma circular, en la que había un poste vertical. Madeline pasó a la plataforma y el Gran Irvine, con gestos ampulosos, la ató al poste con unas cuantas cadenas plateadas.

En la plataforma había un gran canal circular, de sección semicilíndrica. Siempre con grandes ademanes, Irvine vertió en el canal el contenido de una lata de petróleo.

Madeline quedaba en el centro y, en el momento adecuado, sería rodeada completamente por las llamas.

La gente contenía la respiración. Era un número que producía una morbosa atracción en el público. Se sabía que Irvine lo había realizado en numerosas ocasiones y siempre con gran éxito. Madeline, cuando aparecían las llamas, simulaba horror, chillaba y luego, de pronto, emergía sana y salva, sin la menor señal de quemadura en su bello cuerpo.

Había truco, naturalmente, pensó Potter, momentáneamente desinteresado de la rubia. Irvine, con gran teatralidad, prendió fuego a una pequeña antorcha, la volteó varias veces por encima de su cabeza y luego la lanzó sobre la plataforma.

El petróleo se inflamó en el acto.

Madeline empezó a chillar.

A través de las llamas, Potter vio a la joven que se debatía furiosamente. Sus gritos eran estridentes.

«Todo forma parte del número», pensó.

Pero, de pronto, vio que Irvine parecía desconcertado.

En el mismo instante, la larga cabellera de la ayudante se encendió con enorme llamarada. Sus gritos se hicieron horripilantes.

Hedor de carne quemada se extendió por la sala. Potter, como otros muchos, se puso en pie.

—¡Está abrasándose! —gritó alguien.

Madeline se debatía frenéticamente. Su cuerpo era ya una masa rojiza, devorada por las llamas que se agitaban furiosamente.

—¡Apaguen ese fuego! —chilló otro.

Una espantosa barahúnda se produjo inmediatamente. Los empleados corrían de un lado a otro, alocados, sin saber qué hacer. Irvine aparecía petrificado por el espanto.

La cabeza de Madeline estaba ya completamente monda,

quemado el pelo en su totalidad. Ahora sólo emitía sonidos inarticulados, que no parecían salir de una garganta humana.

Al fin, los empleados reaccionaron y acudieron con extintores de espuma. Madeline ya no se movía ni gritaba y su cabeza pendía laciamente sobre el pecho, completamente quemado. El olor a carne abrasada era espantoso.

Muchos de los espectadores, aterrados, huyeron, en medio de una tremenda confusión.

Potter sintió una mano que se crispaba sobre su brazo y volvió la vista.

La rubia parecía sacudida por una serie de temblores convulsos, al borde de la histeria. A su lado, el canijo, tenía el mentón apoyado en el pecho.

—Ferdy, Ferdy —gritaba la rubia.

Potter se decidió a ayudarla.

—Será mejor que salga, señora —dijo.

—No sé qué le pasa a Ferdy —lloriqueó la joven—. Se ha desmayado.

En el escenario, las carreras eran incesantes. El fuego había sido apagado, pero Madeline no daba señales de vida.

Potter se inclinó sobre el canijo. Frunció el ceño.

Agarró su muñeca. No había pulso.

—Lo siento —dijo—. Está muerto.

El ruido se había atenuado un tanto, pero la rubia soltó un alarido que hizo volver la cabeza a la mayoría de los presentes. La rubia abrió los brazos y se dejó caer de espaldas.

Potter pudo recogerla antes de que chocase contra el suelo.

—Vaya una velada —masculló, mientras, sosteniendo a la rubia, contemplaba el montón de espuma blanca del escenario, en cuyo interior yacía una hermosa joven muerta de una forma particularmente horrible.

* * *

Dos días más tarde, Potter recibió la visita de un hombre de unos cuarenta años, vestido correctamente, que dijo llamarse Grobbs y

pertenecer a Scotland Yard.

—Sargento detective Laine Grobbs —se presentó el policía.

Potter, vestido con una bata corta, de amplias mangas, movió una mano.

—Adelante, sargento —invitó—. Estoy muerto de curiosidad por saber qué me va a preguntan aunque harto imagino que se refiere a la pobre chica que murió abrasada en el escenario.

—Pues no, se equivoca —corrigió Grobbs—. El asunto de la chica quemada está en manos de otro colega y sospecho que acabará en una investigación rutinaria. Yo he venido aquí para hacerle preguntas sobre el hombre que murió en una butaca muy próxima a la suya.

—Ah, sí, el canijo... Bueno —sonrió Potter—, yo le llamaba así mentalmente. En realidad, creo que su nombre era Horace Davidson Trew, según me declaró la joven que lo acompañaba.

—Exactamente, así se llamaba.

—Bueno, no sé qué puedo decirle, sargento. Hubo más de un desmayo y ataques de nervios y de histeria a montones... El señor Trew debía de ser muy sensible y su corazón no pudo soportar el espectáculo, supongo.

—Lo que Trew no pudo soportar fue la dosis de veneno que alguien le propinó, mediante una inyección.

Potter se quedó muy serio, mirando fijamente al policía.

—Está de broma —dijo.

Grobbs meneó la cabeza.

—No —contestó—. Es rigurosamente cierto. La autopsia lo ha demostrado. El médico que examinó a Trew encontró ciertas señales, que le infundieron sospechas, al pensar que podía tratarse de algo distinto de un ataque cardíaco. La autopsia reveló entonces las verdaderas causas de su muerte.

—¡Una inyección de veneno! —exclamó el joven, pasmado.

—Así es. El asesino aprovecho los momentos de confusión, provocados por lo que estaba sucediendo en el escenario, y le clavó la aguja en el cuello, entre el pelo de la nuca. Bastó algo así como medio centímetro cúbico para que muriese casi instantáneamente.

—Debe de ser un veneno muy activo, sargento.

—«Curare».

—Diablos —dijo el joven a media voz.

—Por eso estoy aquí —manifestó Grobbs—. Necesito que me diga si observó algo sospechoso. El menor detalle puede darnos una pista valiosa, conducente a la detención del asesino.

—Verá, sargento. Yo tenía la atención dividida en dos frentes. Primero, la rubia que acompañaba al canijo, esto es, a Trew.

—Sí, ya he hablado con ella —sonrió el policía.

—Y luego, naturalmente, me fijé en el escenario, sobre todo, a partir del momento en que Irvine encendió el petróleo. Después... Bueno, imagínese cómo estaba yo en aquellos momentos.

—Es fácil de suponer, señor Potter. No cabe la menor duda de que el asesino buscaba la ocasión propicia, que llegó cuando Irvine encendió el petróleo. Nadie se fijaría en él: realmente, una jeringuilla pequeña puede esconderse en la mano y basta un golpecito para enviar al interior del cuerpo humano medio centímetro cúbico de uno de los venenos más mortíferos que se conocen. Pero, incluso el asesino tuvo aún más suerte, cuando la gente se dio cuenta de que la cremación de Madeline era algo real y no un truco.

—Sí, ciertamente, dar una supuesta palmada en el cuello de un hombre es algo que no llama la atención, y menos en esos momentos —convino el joven—. Pero, créame, lo siento infinito. No puedo darle más detalles. La chica que estaba con Trew se sentía muy horrorizada. Ella dijo que Trew estaba desmayado y yo me incliné para examinarlo.

Entonces fue cuando advertí que había muerto. La rubia se desmayó.

—No siga —sonrió Grobbs—. Conozco el resto.

—¿Sospecha de la rubia, sargento?

—¿De Fanny King? —Grobbs hizo una mueca—. Pudo ser ella, aunque no lo creo.

—¿Por qué?

—Fue un asesinato sumamente sofisticado. Ella, en todo caso, le habría puesto cianuro en el champaña, por ejemplo, o le habría pegado un tiro o una puñalada. No, no pudo ser ella.

—Eso significa que ya la ha interrogado.

—Sí, claro. Bueno, no quiero molestarle más. —El policía sacó una tarjeta de visita—. De todos modos, si recuerda algo, llámeme inmediatamente. El menor detalle puede resultar decisivo.

—Descuide, sargento. Oiga, ha dicho que la rubia se llama Fanny King.

—Sí, eso mismo. ¿La conocía usted?

—Nunca la había visto, hasta la noche de... la segunda, muerte de Juana de Arco.

Grobbs sonrió.

—Fanny es una mujer realmente hermosa —dijo.

Y abrió la puerta.

Potter se quedó solo. Sirvióse dos dedos de whisky y encendió un cigarrillo.

Un asesinato hábilmente planeado y sutilmente ejecutado, pensó. ¿Quién y por qué había matado a Trew?

¿Algún tipo celoso de los innegables encantos de Fanny?

Potter no pudo continuar sus meditaciones. Llamaban a la puerta.

Cuando abrió, se quedó estupefacto. Aunque su nombre acababa de ser mencionado, era, sin embargo, la última persona a quien había pensado ver en aquellos momentos.

—¿Puedo pasar? —preguntó Fanny King.

CAPITULO II

La joven vestía con sencillez, que no excluía una singular elegancia en su atuendo. El rostro aparecía casi limpio de maquillaje, lo cual le confería un atractivo aún mucho mayor. El pelo aparecía suelto, sin el sofisticado peinado que Potter había visto en el teatro.

Y también había desaparecido aquella expresión de chica guapa, pero tonta; ahora se veía a una encantadora joven, que en nada recordaba a la otra, cuyo aspecto predisponía a pensar inmediatamente en cierta profesión muy bien retribuida, aunque nada honesta.

—Claro, claro —dijo Potter rehaciéndose de su sorpresa—. Entre, señorita King.

—Ah, conoce mi nombre.

—Acaba de decírmelo el sargento Grobbs, quien se ha marchado apenas hace unos minutos. ¿Qué desea tomar? ¿Una copa?

—Preferiría café.

—Desde luego; siéntese, por favor, volveré en seguida.

—Gracias, señor Potter.

El joven abrió una cigarrera y la puso delante de Fanny, así como un encendedor.

Luego fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. Mientras esperaba a que hirviese el agua, se preguntó por los motivos de la visita de Fanny. No tardaría mucho en saberlo, pensó.

Poco después, volvía a la sala. Sirvió el café y se sentó frente a la hermosa visitante.

—Bien, me parece que tenemos algo en común —dijo sonriente —. Vimos un espectáculo inusitado: una mujer abrasándose viva y un asesinato en nuestras propias narices, y perdone la vulgaridad de la expresión. Porque supongo que ya está enterada de lo que le pasó a Trew.

—Sí —admitió Fanny—. Y precisamente, por eso mismo he venido a visitarle.

Potter levantó las cejas.

—¿Puedo hacer algo en su obsequio? —consultó galante.

—Verá... Usted, el otro día, cuando me vio en el teatro, pensó, seguramente, que yo...

Bueno, debió de suponerse que Trew era mi amante y yo su fulana.

—Bueno, no sé qué decirle.

Fanny se echó a reír.

—Sea sinceró. Lo pensó.

—De acuerdo, aunque no podrá por menos que convenir conmigo en que las apariencias eran completamente acusadoras.

—Fui yo quien tomó esa apariencia, señor Potter —confesó ella.

—¿Por qué?

—Trew me debía dinero, mucho dinero, y no había forma de recuperarlo. El pobre estaba pasando por una aguda crisis monetaria.

—¿A qué se dedicaba?

—Lo he sabido después. Sus negocios no tenían nada de limpios. En resumidas cuentas, era un *gángster…*

—Vaya, quién lo hubiera dicho —se sorprendió Potter—. Con aquel aspecto, parecía más bien un adinerado armador de buques o algo por el estilo.

—Nada de eso —contestó Fanny—, Claro que me engañó para sacarme nada menos que cincuenta mil libras esterlinas, que iba a invertir, según dijo, en un negocio que le rendiría el ciento por ciento. Como puede comprender, me sentí tentada por la ganancia fácil, hice el préstamo... y ahora me parece que si quiero recobrar esa suma tendré que hacer rogativas a algún santo.

—Tiene usted un humor envidiable —rió el joven—, Pero, ¿cómo pudo dejarse embaucar de semejante manera?

—Me lo presentó, hace tiempo, una buena amiga. Al menos, yo creía que lo era. Se llama Gabe Vinson. ¿No le recuerda nada ese apellido?

—No, en absoluto. No conozco a nadie que se llame Vinson.

—La joven que ardió en el escenario llevaba ese apellido.

Potter contuvo una exclamación. Luego se puso en pie.

—Creo que necesito una copa. ¿Me acompaña, señorita King?

—No me apetece ahora, gracias. Pero tómese un trago, si cree que eso le va a tranquilizar.

—Puede estar segura —contestó él—. De modo que piensa que la estafa que le hicieron puede estar relacionada con las muertes que ocurrieron hace dos noches.

—Estoy segura —respondió Fanny—. Francamente, no acabo de entender esa relación, pero, sin embargo, presiento que hay un nexo de unión entre las dos muertes.

—Vayamos por partes —dijo Potter—. En primer lugar, ¿por qué fue al teatro con Trew?

—Bien, yo le apremiaba para que me devolviese el dinero cuanto antes. Lo necesito para mi negocio y daba por pérdidas las ganancias, aunque no quería, lógicamente, perder la suma inicial. Entonces, Trew me propuso ir al teatro.

—¿Para qué? —se sorprendió el joven.

—Dijo que allí vería a alguien, quien le haría saber si el negocio había dado o no ganancias. Parece ser que querían guardar el secreto, para que no se divulgase y que se lo comunicarían mediante una contraseña previamente establecida. Entonces, a la salida podría decirme si había conseguido la ganancia prometida. En caso contrario, me daría un cheque por valor de cincuenta mil libras.

—¿Y lo creyó?

—Era la última tentativa —declaró Fanny—. Quería el dinero, pero no me gustaba la idea de demandarle judicialmente. Aunque lo habría hecho, si no hubiese cumplido su promesa. Ya estaba harta de excusas y dilaciones, ¿me comprende?

Potter movió la cabeza.

—Lo único que se entiende, y dispense la sinceridad, es que fue miserablemente engañada.

—Sí, ahora lo veo —admitió ella tristemente.

—Pero, además, ¿por qué ir ataviada como si fuese una, bueno, usted ya sabe lo que pensaba yo, no es cierto?

—Me lo pidió él. Quería impresionar a... la persona que le iba a comunicar el éxito o el fracaso del negocio.

—Vamos, lo que quería era llevar un bonito «adorno», que no fuese precisamente una flor en el ojal.

—Sí —sonrió Fanny—. Dijo que eso le daría un mayor prestigio. Señor Potter, temo que soy tonta de remate. Me dejo engañar por el primero que se me acerca.

—Oh, vamos, vamos, un fracaso lo tiene cualquiera —dijo el joven tratando de animarla—. Sin embargo, no veo la relación que puede existir entre la muerte de Trew y la de Madeline.

—Hay una relación, aunque no me siento capaz de adivinarlo. Madeline y su hermana Gale estuvieron muy unidas en tiempos. Luego se pelearon.

—¿Por culpa de un hombre?

—¿Cómo lo sabe?

Potter rió suavemente.

—Suele suceder —contestó—. ¿Quién era el hombre?

—Se llamaba, o se llama, si es que vive todavía, Hugo Zowan. Las dos hermanas estaban locas por él, pero Hugo eligió a Gale. Hugo era el ayudante no visible del Gran Irvine, el que le preparaba el «atrezzo» de los trucos, incluyendo, como es lógico, el de la cremación en la hoguera. Un día, Madeline manipuló en los aparatos, antes de la función, claro, y Hugo resultó con gravísimas quemaduras, que lo desfiguraron espantosamente. Gale me dijo que no podía mirarlo después sin sentirse horrorizada.

Hugo quedó convertido en un verdadero monstruo y Gale, no pudiendo soportarlo, rompió el compromiso.

—Muy lastimoso —calificó Potter—. Entonces, debemos presumir que la muerte de Madeline se debe a una venganza por parte de Hugo.

—Yo, al menos, así lo creo —declaró Fanny—. Pienso que Hugo fue lo suficientemente comprensivo para entender las razones de Gale. Pero había una culpable y debía pagarlo.

—Muriendo de la misma forma... Bueno, Hugo no murió, pero debe sentirse como si estuviese muerto.

—Sí, es verdad.

—¿Lo ha visto usted?

—Ni siquiera le conozco ni sé dónde puede hallarse en estos momentos.

—Y bien, a pesar de todo, aún no he conseguido encontrar la relación entre las dos muertes.

—Tiene que haber un nexo común, insisto —dijo Fanny—. Por eso he venido a buscarle.

—Señorita King, estoy dispuesto a ayudarla con todas mis fuerzas

—contestó el joven— Pero, francamente, no veo la forma de hacerlo.

—¿Cómo? Usted tiene sobrada experiencia. Es un detective de gran reputación. Me he informado antes de venir aquí y tengo muy buenas noticias sobre sus actuaciones.

Potter respingó.

—¿Ha dicho que soy... detective?

—Sí, exactamente. Vamos, no irá a negar ahora. Mire, quiero recobrar ese dinero y le ofrezco el diez por ciento, si lo consigue. Me parece que unos honorarios de cinco mil libras no pueden ser calificados de miserables.

—No, no lo son y sería una recompensa estupenda... si yo fuese, como piensa; un detective profesional.

Fanny saltó en su asiento.

—¿Acaso no lo es?

Potter meneó la cabeza varias veces.

—Temo que ha sufrido una confusión, señorita King —dijo con cierta solemnidad—. Nunca he sido detective privado y jamás ha pasado por la imaginación dedicarme a ese oficio.

Fanny pareció sentirse abrumada por la respuesta del joven. Durante unos segundos, miró a su alrededor. Potter residía en un apartamento de apariencia lujosa, elegantemente decorado. Pensó que no parecía la vivienda de un detective profesional, aunque muy bien podría tener la oficina en otra parte. Pero Potter hablaba sinceramente y no cabía esperar un engaño en sus palabras.

—No sé cómo he podido confundirme —dijo al cabo, muy turbada.

—La otra noche, yo la acompañé a su casa. Al despedirme, le di mi nombre, pero no la dirección.

—Es cierto. He mirado en la guía telefónica.

—Y ha visto un tal Frank Potter, detective privado.

—Sí.

—Mire, en estos momentos no tengo nada que hacer. ¿Le importa que haga algunas averiguaciones por mi cuenta?

—Pero eso... le costaría a usted dinero.

—Oh, no es cuestión de importancia. ¿Acepta?

Fanny dudó.

—Esto necesita un hombre con experiencia —alegó.

—No soy torpe. Y usted me ha facilitado muchos datos sobre el asunto, excepto dos.

—A ver, diga.

—Primero, ¿dónde está Gale Vinson? Creo que debemos empezar por hablar de ella, puesto que fue quien la recomendó a Trew.

—Le daré su dirección, aunque ya le anticipo que no la encontrará. Ayer y hoy he intentado comunicarme con ella, pero su teléfono no contesta.

—Bueno, trataré de encontrarla. Se pregunta a uno, luego a otro... y así sucesivamente.

No es muy distinta la labor de un detective privado, créame.

—De acuerdo. ¿Cuál es el otro dato que no le he facilitado?

—Su profesión. ¿A qué se dedica usted, señorita King?

La joven sonrió, a la vez que paseaba la vista por el interior de la sala.

—Está muy bien decorada, aunque yo haría algunas modificaciones en las diferentes estructuras —dijo—. Pero también conviene un poco de gusto personal; el ocupante se siente mucho más satisfecho.

Potter enarcó las cejas. Fanny añadió:

—He estudiado y tengo diploma de Bellas Artes. He montado un taller de decoración de interiores y, sinceramente, me va muy bien. Pero la pérdida de ese dinero, puede causarme graves trastornos. Las ganancias del préstamo me habrían servido para ampliar el negocio. Ojalá no tenga que declararme en quiebra —concluyó con un largo suspiro.

—Anímese —dijo Potter—. Todo saldrá bien, ya lo verá.

Y ahora, por favor, ¿quiere darme la dirección de su amiga Gale?

Fanny abrió su bolso y extrajo una hojita de papel, que entregó al joven.

—La llamaré en cuanto me sea posible —prometió él.

Fanny se dirigió hacia la puerta.

—No sé cómo darle las gracias.

—Yo, yo debo disculparme, por lo que pensé hace dos noches de

usted.

—Tenía derecho a pensar así —se despidió la joven.

Al quedarse solo, Potter se abanicó el rostro con la hoja de papel.

—Diploma de Bellas Artes —murmuró—. Ella sí que es una verdadera obra de arte.

Luego fijó la vista en las pocas palabras que había en el papel que Fanny le había entregado. ¿Por dónde empezar?, se preguntó.

¿Debería buscar también a Hugo Zowan?

—Lo primero que debo hacer es encontrar a Gale Vinson —decidió, tras unos minutos de profundas meditaciones.

CAPITULO III

—Vive aquí la señorita Gale Vinson, tengo entendido.

—Sí, aunque hace tres días que salió de su casa. Aún no ha vuelto —respondió el conserje.

—¿Se fue de viaje?

—No me lo dijo, señor; Simplemente, la vi salir de la casa. Aunque no me parece que se marchase de viaje.

Potter asintió.

—Diríase que salía a... bueno, como muchos días, a hacer algunos recados, al cine o al teatro.

—Más o menos, señor, aunque ella era muy reservada y nunca daba explicaciones de su conducta. Ni yo tenía por qué pedírselas, sobre todo, si se piensa que es una joven muy discreta y que, a pesar de vivir sola, nunca ha dado motivos de escándalo para los restantes inquilinos.

El joven volvió a asentir. Era un edificio de apartamentos, de aspecto bastante normal, sin grandes lujos, pero con cierta elegancia. Allí vivían gentes de ingresos algo superiores a la media, aunque no ricos. Los inquilinos, dedujo, debían de ser personas apacibles, a las que gustaba sobre todo la tranquilidad y la discreción.

—De todas formas —dijo—, tal vez usted conozca a algún amigo de la señorita Vinson—. Sacó un billete de cinco libras y lo puso en la mano del conserje—. O quizá sepa algún lugar al que ella acuda con frecuencia.

—La verdad es que no conozco a ningún amigo de la señorita Gale, señor —respondió el conserje, embolsándose el billete—. En algunas ocasiones, muy pocas, han venido un par de hombres a visitarla, pero nunca dijeron sus nombres.

Ahora bien, sí sé que solía acudir con cierta frecuencia a un *pub* llamado El Elefante Blanco. He estado allí en un par de ocasiones, y la vi a ella, lo cual me hizo presumir que solía ser cliente regular.

—Puede indicarme la dirección de ese *pub*?

—Sí, claro...

Potter anotó las señas. Luego sacó otro billete.

—Usted tiene una llave maestra —sonrió.

El conserje sonrió también. Instantes después, Potter se metía en el ascensor. No tardó mucho en abrir la puerta del apartamento de Gale.

La apariencia era de normalidad absoluta. Todo estaba en orden, como si hubiese sido recién aseado. Pero, al pasar la yema de un dedo sobre la superficie de una consola, advirtió una ligerísima capa de polvo, lo cual corroboraba la ausencia de la ocupante del piso.

Paso a paso, recorrió todas las habitaciones. Una de ellas era un gabinete íntimo, en el cual vio un escritorio de persiana. Se acercó y levantó la tapa. Junto a la carpeta, divisó un cuaderno de notas.

En aquel cuaderno no había una sola anotación. Potter lo examinó con gran atención: alguien había hecho anotaciones hasta la página catorce. El resto de las hojas estaba completamente en blanco.

Registró el escritorio a fondo. No había nada que pudiera darle la menor pista. «¿Se comportaría así un detective privado?», pensó.

En el dormitorio no faltaba nada. Registró la cocina, incluso los botes que podían contener diversos alimentos. Todos sus esfuerzos resultaron estériles.

Ya sólo le faltaba el cuarto de baño. Abrió la puerta y, en el mismo momento, vio venir un puño hacia su mandíbula.

En la fracción de segundo que duró la visión, pudo captar la imagen de un rostro horriblemente deformado, lleno de costurones y al que le faltaban las cejas y la mitad del cabello, desde la frente hasta la oreja izquierda, la cual, a su vez, era un espantoso amontonamiento de carne rojiza. Vio también un labio levantado, dejando ver casi toda la dentadura de la mandíbula superior... y acabó viendo un millón de estrellas.

Después, se hizo la oscuridad.

* * *

Fanny abrió la puerta y casi gritó al ver el aspecto de su visitante.

—Señor Potter, ¿qué le ha ocurrido?

El joven se tocó el hinchado mentón.

—Me han dado un buen golpe —contestó—. Pero su casa me pillaba más cerca de la mía y pensé que usted podría conformarme con una copa.

—Sí, claro —Fanny corrió hacia una consola—, ¿Ha pasado algo grave?

—A mí, en cierto modo, no —dijo—. Es verdad que me han arreado a gusto y que he estado casi una hora sin sentido. Pero, sinceramente, temo por la vida de Gale.

—¿Por qué? ¿Cree que la han asesinado?

Fanny le entregó un vaso. Potter tomó un par de buenos tragos. Luego hizo una mueca.

—No lo sé, pero encontré su agenda de notas en blanco, quiero decir que alguien se había llevado las hojas en que ella había hecho anotaciones. Falta de su casa desde hace tres días y no salió para irse de viaje precisamente.

—Dios mío, esto es horrible —Fanny se sentó en una silla, con las manos sobre el regazo—, Habría que avisar a la Policía, ¿no cree?

—Es posible que se lo tomaran con mucha tranquilidad. Sin pruebas o, por lo menos, vivas sospechas de que ha sido asesinada, lo considerarían como un caso de persona desaparecida. Pero aun eso no es lo peor.

—¿Hay algo más?

Potter se tocó el mentón.

—Esto me lo hizo Hugo Zowan —declaró—. Estaba escondido en el apartamento de Gale.

—¿Lo conocía usted? —se espantó Fanny.

—Bueno, después de lo que me dijo sobre sus quemaduras... he visto una cara espantosamente quemada, el rostro de un monstruo, y yo he deducido que no puede ser otro que Hugo.

—Eso es que pretende algo más, pero ¿qué puede ser?

—No tengo la menor idea —respondió Potter—. Sin embargo, tengo una pequeña pista, aunque hoy no siento ganas de seguir adelante. Aunque soy fuerte y he peleado duramente en más de una ocasión, el golpe, tal vez por lo imprevisto, me ha dañado más de lo conveniente.

—¿Quiere que le haga algo? —se ofreció Fanny—. Si no se siente con ánimos, puedo llevarle a su casa.

—Oh, no será necesario. Déjeme descansar unos minutos; en seguida estaré como nuevo. Y mañana mucho mejor, claro.

Fanny le dirigió una mirada de simpatía.

—En qué líos se ve metido por mi culpa —dijo—. Espero que no le vuelva a ocurrir nada semejante, señor Potter.

—Aunque me llamo Frank, todos me dicen Butch. Hágalo usted también, Fanny.

—Sí. Butch.

* * *

Dormía aún, a la mañana siguiente, cuando sonó el teléfono insistentemente. Potter trató de resistirse, pero, al fin, descolgó el aparato.

—Butch, soy Fanny. —La voz de la joven sonaba muy excitada—. Tengo noticias.

Potter se sentó instantáneamente en la cama.

—Hable, por favor.

—Me ha llamado Gale. Dice que quiere verme a las tres de la tarde en el Carpathia.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

—El Carpathia es el teatro en donde se abrasó Hugo.

—Oh. Pero no comprendo. ¿Por qué allí y no en otra parte?

—No lo sé. Gale ha dicho que allí estaremos seguras. La verdad, yo me siento un tanto aprensiva y, aunque le he dicho que sí, no sé qué hacer.

—¿Le ha dado motivos para la entrevista?

—Sí. Dice que me indicará la forma de recobrar mi dinero.

—Bueno... Mire, Fanny, lo mejor será que vayamos juntos.

—Gale dice que debo ir sola.

—¡No! —contradijo él firmemente—. No puedo permitir que corra riesgos. Puede ser una trampa, ¿comprende?

—¿Una trampa? Dios mío, ¿qué he hecho yo...?

—Fanny, sin querer, entró usted en el mundo del hampa. Prestó cincuenta mil libras a un *gángster,* aunque lo ignorase en aquellos momentos, y es una suma muy considerable, lo suficientemente alta para que alguien piense en la conveniencia de evitar una reclamación.

—Sí, es posible. No lo entiendo; Gale fue siempre una buena amiga.

—Los amigos, a veces, también nos traicionan —dijo Potter filosóficamente—. De acuerdo, a las tres estaremos en el Carpathia. Pasaré a recogerla por su casa. ¿Le parece bien, Fanny?

—Sí. Butch.

—Entonces, no se preocupe de más. ¡Ah!, una precaución; ciérrese por dentro y no abra a nadie que no sea conocido y de toda su confianza.

—Butch, ¿en quién puedo confiar después de lo que me ha sucedido? —se lamentó ella.

—Por lo menos, en mí —contestó él con rotundo acento.

Potter se levantó inmediatamente y fue al baño. Mientras la ducha tonificaba su cuerpo, pensó en si resultaría conveniente acudir a El Elefante Blanco. Pero aparte de que era demasiado temprano, la misma Gale Vinson podría darle los detalles que él quería solicitar en el *pub* de sus posibles conocidos.

Fanny se había vestido muy discretamente para la ocasión: chaqueta de punto y un vestido color gris azulado, con zapatos de medio tacón. El pelo quedaba sujeto por un pañuelo casi negro, en banda, y llevaba unas gafas ligeramente coloreadas.

Potter, por su parte, no iba desprevenido. En el bolsillo posterior de los pantalones llevaba una pistola muy plana una «Beretta» calibre 6,35 milímetros. A corta distancia, podía resultar tan mortífera como una de calibre superior. Confiaba, sin embargo, en no tener que utilizarla.

—Gale dijo que usara la puerta de artistas —dijo Fanny cuando ya habían desembarcado del coche, a prudente distancia del teatro.

—Muy bien, vamos allá.

Caminaron unos cincuenta o sesenta metros, a lo largo de la acera, pegados a las paredes de las casas, hasta llegar a callejón al cual daba la puerta mencionada.

Potter apretó suavemente el brazo de la joven.

—Yo iré delante —murmuró.

Tanteó la puerta. El picaporte cedió sin dificultad.

Al asomar la cabeza, apreció un silencio absoluto. En el corredor que conducía al interior del teatro sólo había una lámpara encendida,

que proporcionaba una macilenta iluminación al ambiente.

Avanzaron paso a paso. Una tabla crujió de pronto *y* Fanny tuvo que dominarse para no lanzar un grito.

Al cabo de unos instantes, Potter abrió otra puerta y vió que daba al patio de butacas.

El teatro estaba sumido en la más completa oscuridad.

Meditó unos instantes. Luego se volvió hacia la muchacha

—Fanny, llame a su amiga. No quiero que se oiga mi voz por el momento.

Ella asintió. Tomó aire y gritó:

—¡Gale! ¡Soy Fanny! Estoy aquí. ¿Dónde estás tú?

La voz de la joven se reprodujo en múltiples ecos, que rebotaron por el interior del teatro. Los sonidos se apagaron y volvió el silencio.

Transcurrió medio minuto.

—Otra vez —susurró Potter.

—¡Gale! ¿Estás ahí? —llamó Fanny.

Repentinamente, un poderoso proyector se encendió en las alturas y su foco cayó de lleno sobre el escenario. Situados en un costado del teatro, Potter y Fanny contemplaron una escena alucinante.

CAPITULO IV

Había una hermosa joven atada a un poste, sobre una plataforma ahuecada y algo elevada sobre las tablas del escenario. La muchacha no podía gritar, debido a la mordaza de tela adhesiva que cubría su boca por completo.

—¡Es Gale! —chilló Fanny.

Potter respingó. Gale estaba apenas vestida y su cuerpo quedaba rodeado por una delgada cadena de acero, de varias vueltas. Sus manos estaban atadas por detrás del poste, de modo que no podía hacer apenas movimientos.

Pero en sus ojos se advertía un horror indescriptible. Potter concluyó su exploración visual, al ver el cuenco rebosante de petróleo.

—¡No! —gritó, a la vez que se lanzaba hacia adelante.

En aquel momento, sonó una demencial carcajada, cuyos ecos resonaron por el vacío teatro. Apenas había dado tres o cuatro pasos, Potter vio que el petróleo se encendía con infernales llamaradas.

Gale se retorció convulsivamente, víctima de los espantosos dolores que le producían las quemaduras. Potter se detuvo un instante, pero luego continuó su carrera. En el escenario, al otro lado de las bambalinas, habría extintores.

—¡Fanny! —gritó—. Busque un teléfono. Llame a los bomberos.

La joven, aunque aturdida, echó a correr. Potter apoyó las dos manos en el borde del escenario y se izó de un salto. El olor a carne quemada resultaba ya insoportable.

Bruscamente, oyó un agudísimo chillido.

Era Fanny.

Potter comprendió que ya no podría hacer nada por la desgraciada que estaba atada al poste. Saltó de nuevo al patio de butacas y corrió en dirección opuesta. Al llegar al pasillo, vio a Fanny tendida en el suelo, con la cara oculta en las manos.

—¡Fanny!

El cuerpo de la joven estaba sacudido por violentos estremecimientos.

—Hugo... Era Hugo... —dijo entrecortadamente.

Potter comprobó con rapidez que Fanny no había sufrido otros

daños que un tremendo susto y, después de darle un par de palmadas de ánimo, se lanzó en busca de un teléfono.

Un minuto más tarde, volvía al escenario, con un extintor en la mano.

Amargamente, comprobó que sus esfuerzos serían ya innecesarios. Gale Vinson había quedado reducida a una masa de carne ennegrecida e irreconocible, de la que se desprendía un espantoso hedor.

* * *

Una joven policía entró y ofreció sendas tazas de té a Potter y a Fanny. El sargento Grobbs atacó su pipa, la encendió, lanzó un par de bocanadas de humo y luego miró sucesivamente a la pareja que estaba al otro lado de su mesa.

—De modo que fue su amiga quien la llamó, señorita King —dijo al cabo.

—Sí, sargento —contestó Fanny, todavía estremecida por el recuerdo de las horribles imágenes que había presenciado apenas una hora antes.

—¿Está segura de que era ella?

—Claro que sí. Dijo su nombre...

¿Reconoció la voz?

Fanny dudó.

—Bueno, la verdad es que no habíamos hablado muchas veces por teléfono. A mí me pareció que era ella.

—Pero no puede confirmarlo de un modo absoluto.

Potter levantó una mano.

—Sargento, por favor —rogó—. La señorita está muy afectada por lo ocurrido. ¿No podría dejar el interrogatorio para otro momento?

—Lo siento —respondió Grobbs—. Las cosas se han complicado súbitamente en pocas horas y ya es el segundo asesinato que se perpetra por un mismo método.

—No se preocupe, Butch —dijo Fanny—. Puedo contestar a todas las preguntas que me haga el sargento.

—Gracias, señorita. Quedamos en que no puede garantizar que fuese la propia Gale quien la citó en el Carpathia.

—No se me ocurrió que pudiera ser otra persona.

—O tal vez si fue ella, es decir, la propia Gale, que no sospechaba que iba a acabar de tan trágica manera —intervino Potter.

—Muy posible —convino el policía—. ¿Le dio algún motivo para la cita?

Fanny dudó otra vez. Potter la tocó suavemente en el hombro.

—No tiene nada que ocultar ni debe sentir vergüenza por el engaño de que fue objeto —dijo.

—¿Engaño? —repitió Grobbs.

—El difunto señor Trew debía cincuenta mil libras a la señorita King, que ella le había prestado para inversiones, debido a su amistad con Gale Vinson —intervino Potter—. Comprenderá que Fanny tuviese interés en recobrar ese dinero, máxime cuando Trew estaba dándole largas al asunto de la devolución. Aunque Gale no adujo motivos, es de suponer que quisiera tratar con ella del préstamo hecho a Trew.

—Muy interesante —comentó Grobbs—. Pero eso también la convierte en sospechosa del asesinato de Trew.

—No lo hice yo —protestó Fanny enérgicamente.

—Sargento, ¿no irá a pensar que ella...?

Grobbs alzó la mano para interrumpir al joven.

—Sigamos con la muerte de Gale Vinson —dijo—. Más tarde, hablaremos de Trew.

—Le hemos dicho ya todo lo que sabemos, excepto una cosa: Fanny vio a Hugo Zowan cuando huía del Carpathia —exclamó Potter.

—No me hizo daño, pero me atropelló, tirándome al suelo. Recibí un susto de muerte, créame, sargento —dijo la joven.

—De modo que era Zowan, el ayudante de Irvine, que resultó horriblemente quemado hace años.

—Sí, el mismo —confirmó Potter quien, sin embargo, omitió mencionar su anterior encuentro con el sujeto mencionado.

—¿Sospecharon alguno de los dos que Gale podía ser asesinada?

—No, en absoluto, sargento. Lo primero que vimos, después de

asomar al patio de butacas, fue a Gale atada al poste. Luego se encendió un proyector y, casi en el acto, se inflamó el petróleo. Yo quise correr en auxilio de Gale, pero Fanny chilló y me asusté pensando que podía pasarle algo. Estaba junto al escenario y tuve que retroceder. El resto ya lo sabe usted, sargento.

—Me gustaría saberlo, que no es lo mismo —se lamentó Grobbs —, Está bien, pueden marcharse. Les llamaré si necesito algo de ustedes.

—Estaremos a su disposición —contestó Potter.

Agarró el brazo de Fanny y la ayudó a ponerse en pie. Momentos después, estaban en la calle.

—La acompañaré a su casa —dijo él.

—Me encerraré con siete llaves —se estremeció Fanny—. Luego tomaré sedantes. De lo contrario, no podría dormir.

—No abuse de los hipnóticos —aconsejó Potter, a la vez que abría la portezuela del coche.

El vehículo se puso en movimiento. Minutos después, Potter dijo:

—Nos siguen, Fanny.

Ella sufrió una sacudida.

—¿Seguro?

—Claro. Ya lo dijo Grobbs: ahora es usted también sospechosa. Querrá estar informado de todos sus pasos.

—Butch, yo no...

Potter palmeó suavemente su rodilla con la mano izquierda.

—Tranquila, muchacha; yo no creo que usted matase a Trew. Pero no se preocupe; haga su vida normal y no tema a ser seguida por unos policías sobre todo, si tiene la conciencia limpia.

—De eso puede estar seguro —respondió ella—. Y también lo puede estar de que toda mi vida lamentaré haber entrado en contacto con un tipo como Trew.

—El tiempo pasará y usted acabará por olvidarlo —filosofó el joven.

Volvió a mirar por el retrovisor. Sí, allí estaba el coche perseguidor. Pero como sólo sospechaban de Fanny, se dijo que él podría moverse con entera libertad.

Y uno de los lugares al que pensaba acudir, aquel mismo día, sin

demora, era al Elefante Blanco.

* * *

Había tipos de todas las cataduras en el *pub*, al que llegó Potter alrededor de las nueve de la noche. La atmósfera estaba azulada a causa de la abundancia de tabaco. Una jamaicana, de piel canela, pelo crespo y labios pulposos le pidió un cigarrillo.

—Claro —sonrió el joven.

Le ofreció su pitillera, pero la jamaicana rechazó el ofrecimiento con gesto despectivo.

—Yo quería algo mejor —dijo.

—Lo siento, no me gusta... lo que te gusta a ti.

—A lo mejor te gustan los hombres —se burló la jamaicana.

—¿Por qué no? —Potter alargó el brazo y la apartó a un lado, acercándose a la barra a continuación.

La *barman* le sirvió cerveza. Otra mujer se le acercó a los pocos instantes.

—Has hecho bien en alejarte de Mellie —dijo—. Es una viciosa.

Potter la miró. La otra era rubia, de contornos opulentos y el escote le llegaba al estómago. Bajo la blusa, los senos, pesados, se bamboleaban al menor movimiento.

—De modo que se llama Mellie —sonrió.

—Olvídala. Yo soy Berta.

—Me llamo Butch. Berta, ¿quieres una copa?

La rubia agitó una mano y la copa apareció sobre el mostrador casi como por arte de magia.

—A tu salud, Butch.

—Gracias, encanto. Oye, por casualidad, ¿conoces a una tal Gale Vinson?

Berta le miró desconfiadamente.

—Creí que querías «ligar» conmigo —dijo.

—¿Qué te hizo suponer tal cosa? — sonrió el joven.

—Me parece que soy demasiado optimista al calificar a las personas. No sé nada de Gale, ni me importa.

—Aguarda —dijo él, viendo que Berta se disponía a dejarle plantado—. ¿Quieres ganarte diez libras?

Berta sonrió instantáneamente.

—Hay reservados en el piso superior, pero si quieres más tranquilidad, podemos ir a mi casa; está sólo un par de manzanas.

—¿Qué sabes de Gale Vinson?

—Y dale —se quejó la rubia—. ¿Por qué esa obsesión?

Potter levantó la mano.

—¿Qué debo? —preguntó a la camarera.

Berta emitió un bufido y se marchó. Potter pagó las consumiciones y encendió un cigarrillo.

Esperó unos momentos. Luego, cuando vio que la camarera quedaba un tanto despejada de trabajo, hizo un gesto con la mano.

La mujer acudió. Potter alargó disimuladamente dos billetes de una libra.

—¿Quién puede dar detalles de Gale Vinson? —preguntó—. Solía acudir aquí.

Los billetes desaparecieron en el acto.

—Tal vez, Amy Horton —contestó la *barman* —. Eran muy amigas, aunque no ha venido esta noche. Gale tampoco y me extraña, porque no suele ser tan olvidadiza. Tiene mucho éxito, ¿sabe?

—Sí, me lo imagino. —La noticia de la muerte de Gale no había llegado todavía a aquel antro—. Bien, ¿dónde vive Amy?

Ella se lo dijo. Potter echó a andar inmediatamente hacia la puerta.

—Bueno, para no ser del oficio, no lo estoy haciendo tan mal —se dijo.

* * *

Amy Horton era una joven alta, espigada, de cuerpo flexible y cabellos cortos y negros, lo mismo que sus ojos. Después de abrir la

puerta, contempló al joven llena de curiosidad.

—Me envía Mary, la *barman* del Elefante Blanco —dijo él—. Soy Butch Potter y tengo entendido que era usted muy amiga de Gale Vinson.

—Bueno, hasta cierto punto. ¿Qué quiere de mí, señor Potter?

—¿No me permite entrar?

Amy sonrió y se echó a un lado.

—Disculpe —murmuró—. ¿Quiere tomar algo?

Potter hizo un gesto negativo. Luego, con gran asombro, descubrió que el apartamento de la joven, aun no siendo precisamente una vivienda de gran lujo, estaba decorado con exquisito gusto y que no había en él un solo detalle que desentonase del conjunto.

—Tiene una bonita casa —elogió.

—No puedo quejarme —sonrió Amy—. Me gusta vivir bien y no recibir sobresaltos cada vez que miro a mí alrededor con una decoración excesivamente avanzada. Pero supongo que no ha venido aquí para hablar de cosas del hogar.

—No, claro. Es que me pareció... Bueno, usted va con frecuencia al Elefante Blanco.

Amy sonrió.

—A ese *pub* y a otros muchos por el estilo —contestó—. Tengo un buen empleo, pero mi ambición es la de ser escritora. Por ello, en ocasiones, hago un poco de vida nocturna, para captar por mí misma ciertos ambientes. Y no sólo conozco a Gale, sino a otras muchas de su profesión.

—Ah, Gale era...

—Bien, yo la he visto irse con algún cliente en más de una ocasión. ¿Le importa que encienda un cigarrillo, señor Potter?

—Oh, perdone, debí habérselo ofrecido yo.

Después de expulsar una bocanada de humo, Amy preguntó:

—Y bien, ¿qué quiere de mí acerca de Gale, señor Potter?

—En primer lugar, y antes de seguir adelante, debe saber que Gale ha sido asesinada hoy —dijo el joven muy serio.

CAPITULO V

Amy había tomado una copa y luego se puso a pasear por la sala, contemplada en silencio por Potter, que estaba sentado en un sofá. Al cabo de unos momentos, se detuvo y miró a su visitante.

—No puedo hacerme a la idea de que Gale esté muerta.

—Lo mismo que su hermana Madeline —dijo Potter.

—Sí, leí el caso en los periódicos. Pero no pude ver a Gale; no estaba en su casa ni volvió por el *pub.* Dejé recado a Mary para que me llamase, si la veía; yo quería expresarle mi simpatía, ofrecerle mi ayuda, pero no pude hacerlo.

—Será mejor que se sienta y se tranquilice un poco, Amy —aconsejó el joven—. Voy a prepararle otra copa de coñac; luego le contaré todo lo que sé de Gale y usted, más tarde, me dará detalles de ella. ¿De acuerdo?

Amy asintió. Potter le sirvió la copa y luego empezó a hablar. Un cuarto de hora más tarde, Amy hizo un gesto negativo.

—La verdad, ignoraba las relaciones de Gale con Trew —manifestó—. No acabo de ver a Gale en convivencia con unos hampones.

—La vida que llevaba no era la más indicada para mantenerse al margen de estos asuntos —alegó Potter.

—Es probable que tenga razón. De todos modos, nunca me hizo el menor comentario sobre el particular.

—¿Hablaron alguna vez del desdichado suceso, en el que Hugo Zowan resultó horriblemente quemado?

—De pasada. A Gale no le gustaba recordarlo.

—¿Por qué?

—Su hermana Madeline estaba enamorada de Hugo, pero éste eligió a Gale. Y Gale pensó siempre que fue Madeline la que quiso vengarse de Hugo.

—Comprendo. Eso significa, supongo que las dos hermanas ya no se trataban.

—En absoluto, y menos con la clase de vida que hacía Gale.

—Trabajaba en El Elefante Blanco.

—O donde se terciase. Creo que lo hacía como una especie de

frustración. Una vez me confesó que había intentado seguir con Hugo, pero no pudo. Algo más fuerte que ella se lo impidió. Es más, hasta se acostó con él, pero cuando sintió en sus labios el contacto de los de Hugo, no pudo reprimirse, saltó de la cama y corrió a vomitar al cuarto de baño. Ya no volvieron a verse más.

—Y entonces, ella se dedicó a...

—Exacto, eso es lo que hizo. Además, y sin querer ofender a su memoria, era poco menos que inútil para otros trabajos. Muy guapa, pero terriblemente torpe.

—Comprendo. Así, pues, iba al *pub* y reclutaba clientes.

—Yo la he visto marcharse en más de una ocasión, colgada del brazo de un individuo. O bien se subía a alguno de los reservados, pero, en la mayoría de las veces, se lo llevaba a su casa.

—Sí, suele ser más cómodo. Amy, yo querría decirle...

Potter se interrumpió bruscamente. Amy tenía los ojos fijos en un punto situado a sus espaldas. De pronto, lanzó un chillido y se puso en pie de un salto.

—¡Allí! —gritó, a la vez que tendía el brazo hacia el ventanal—. Estaba allí. Una cara horrorosa...

Potter dio media vuelta y corrió hacia la vidriera que permitía el acceso a la terraza.

Abrió, saltó al exterior y miró a derecha e izquierda.

La terraza estaba situada en un segundo piso. Potter se asomó por el parapeto. Abajo, en los jardines que rodeaban el edificio, divisó una sombra que se alejaba a todo correr.

¿Hugo?, se preguntó.

Volvió al interior del apartamento, cerró la vidriera y corrió las cortinas. Amy temblaba como hoja sacudida por el viento y se acercó a ella.

Amy le abrazó, buscando refugio en el contacto físico.

—Era un rostro horrible, una máscara espantosa —gimió—. Nunca había visto nada semejante.

Potter le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

—Bueno, ya se ha marchado y no hay motivos para sentir temor —dijo con acento persuasivo—. Voy a darle un trago.

Amy se apretó con más fuerza.

—No, no quiero beber más.

Los dos cuerpos estaban pegados. Potter sintió contra su pecho el cálido contacto de los senos de Amy. Casi sin darse cuenta de ello, bajó la cabeza un poco. Amy no le rechazó cuando buscó su boca. Después... todo se produjo con absoluta naturalidad.

* * *

En la oscuridad del dormitorio, brillaron de repente dos brasas rojizas.

—Butch —dijo Amy.

—¿Sí?

—Oye, no vayas a creerte que yo...

—Mujer, qué cosas dices.

—Estaba muy asustada. Hugo me asustó terriblemente.

—Me lo imagino.

—Luego,... vino la reacción. Soy una mujer muy sensible.

Potter emitió una risita.

—He tenido ocasión de comprobarlo —dijo.

—Creo que será un buen libro. Tengo mucho material recopilado, ¿sabes?

—Lo compraré cuando se publique y te pediré que me escribas una dedicatoria especial.

—Sí. Escribiré: «A Butch Potter, que me confortó una noche que yo tenía mucho miedo.»

—Una magnífica dedicatoria —convino él—. ¿Todavía sigues teniendo miedo?

—No, ya se me ha pasado. Pero, ¿por qué tuvo que venir Hugo precisamente a mi casa?

—¿Habías hablado alguna vez con él?

—Jamás. Ni siquiera llegué a conocerle. Todo lo que sé es por boca de Gale.

Potter no quiso decir algo que le había hecho sentirse muy pensativo.

¿Le seguía Hugo?

Trató de apartar aquella idea de su mente.

—Gale, supongo, te daría muchos detalles de sus clientes —dijo en tono jovial.

—Sí, bastante. Algunos tenían caprichos muy raros.

—¿Lo pondrás en tu libro?

—No pienso ocultar nada, aunque, claro, cambiaré los nombres. Será un libro muy crudo.

—Me lo imagino. «Sólo con el escándalo se gana hoy dinero», pensó Potter.

—Y Gale, francamente, era muy solicitada. Casi había cola —añadió Amy.

—Me hubiera gustado conocerla.

Amy se incorporó de pronto, para inclinarse sobre el joven.

—Te habrías acostado con ella, claro.

—Hombre, no habiéndote conocido a ti... Posiblemente, yo también hubiese querido tener una experiencia. Me habría ido con ella a su casa...

De pronto, Potter se dio cuenta de un detalle que no le parecía lógico.

—Amy —exclamó.

Ella le miró con interés.

—¿Qué sucede?

—Gale vivía muy lejos del Elefante Blanco, prácticamente al otro extremo de Londres.

Pienso que a ningún hombre debe agradarle demasiado viajar casi una hora para acostarse con una mujer, al menos, en las circunstancias de Gale. Y si ella era una profesional, perdería demasiado tiempo, ¿no te parece?

—Claro que sí. Es que Gale tenía alquilado un apartamento para esos casos, muy cerca del *pub,* cuatro casas más allá, Potter se dejó caer sobre la almohada y sonrió.

—Ven, encanto —dijo—. Voy a pagar tus informes con algo que no tiene precio.

* * *

Estaba aún profundamente dormido, cuando oyó el timbre del teléfono. Mascullando imprecaciones entre dientes, alargó la mano y asió el aparato.

—Potter —dijo.

—Butch, soy Fanny. ¿Aún está durmiendo?

—Claro, es muy temprano.

Fanny se indignó.

—¡Son más de las once de la mañana! ¿Es que no trabaja?

—Estoy acogido al subsidio de paro. Ahora no tengo empleo.

—Oh, lo siento. Pero podría buscar un trabajo; yo tengo amistades que quizá...

—Fanny, no me haga sudar tan temprano —se lamentó él—. ¿Le ocurre algo?

—Sí. He recibido una llamada de un conocido. Puede resultar interesante.

Potter hizo un esfuerzo y se sentó en la cama.

—A ver, cuénteme.

—Me ha dicho algunas cosas interesantes de Irvine, Hugo y las dos hermanas Vinson.

Creo que convendría visitar a Irvine, Butch.

—¿Sabe dónde vive?

—Sí. Ese amigo me ha dado su dirección. ¿Qué le parece?

El joven meditó unos instantes. Luego dijo:

—Fanny, asómese con discreción a la ventana. Mire a ver si hay algún tipo en la acera de enfrente, muy entretenido con un periódico en las manos.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Será un policía. Si siguen vigilándola, no podrá venir conmigo a ver a Irvine.

—Ah, ya... Aguarde un momento.

Fanny se alejó, para volver antes de medio minuto.

—Hay un policía, en efecto —confirmó.

—Muy bien. Yo tengo que salir ahora. La llamaré más tarde. Entonces, le indicaré la forma de burlar a su vigilante. Mientras tanto,

no se mueva de su casa, pase lo que pase.

¿Entendido?

—Así lo haré, Butch —prometió la joven.

Potter colgó el teléfono, fue al baño y luego se preparó un poco de café. Cuando terminaba de tomárselo, oyó la campanilla de llamada.

Se limpió los labios con una servilleta, cruzó la sala y abrió. Inmediatamente, respingó al ver a los dos sujetos que estaban en el umbral.

—Caballeros...

—¿Es usted Frank Potter? —preguntó uno de los recién llegados.

—Así me llamo. ¿En qué puedo servirles?

—Soy Lou Ehring. Mi amigo se llama Ken Rasko. Queremos hablar con usted, señor Potter.

—Lo siento, tengo prisa. Ahora mismo, me disponía a salir.

Rasko alargó la mano y le empujó suavemente hacia atrás.

—Saldrá más tarde, cuando hayamos hablado —dijo.

Potter trató de dominarse. El aspecto de los visitantes no le gustaba en absoluto. Dio unos cuantos pasos hacia atrás. Ehring cerró la puerta y se volvió hacia él.

—Verá, señor Potter; hemos averiguado que es usted muy amigo de Fanny King —dijo.

—Más bien, conocido. Pero eso...

—Fanny prestó cierta suma de dinero a nuestro jefe. El pobre Trew murió sin habernos abonado nuestros salarios.

—Parece ser que no es Fanny la única estafada —comentó Potter —. Lo siento, yo no sé nada...

—Antes de morir, Trew dijo que tenía un gran negocio en perspectiva. Entonces, cuando lo hubiese concluido, nos pagaría el doble.

—Son ustedes como niños —sonrió Potter—. ¿Cómo pudieron creer a un timador de la calaña de Trew?

—Nos enseñó el dinero, pero dijo que tenía que enseñarle a otras personas, para que formaran parte de su sociedad. Una de esas personas es Fanny King —puntualizó Rasko.

—Bien, pero yo no tengo nada que ver con ese asunto —protestó

el joven.

—Fanny sabe dónde está el dinero y usted sabe dónde está Fanny —añadió Ehring.

—Créame, sólo queremos lo que nos pertenece —dijo Rasko.

—El diez por ciento para cada uno, es lo que nos prometió Trew —declaró el otro.

—Es decir, cinco mil libras a cada uno.

—Exacto.

Potter meditó unos instantes. Trew, se dijo, había sido un tipo capaz de engañar a una estatua de piedra. Mentiroso, lleno de trucos, embaucador... Incluso unos tipos avezados como los que tenía ante sí, habían sido capaces de tragarse la fábula que les había contado Trew.

—Vamos —le apremió Ehring—, díganos dónde vive Fanny King.

—Le hemos visto un par de veces con ella. En la última ocasión, le seguimos, pero usted nos despistó —agregó Rasko.

¿Era posible que no se les hubiese ocurrido consultar la guía telefónica?, se preguntó Potter.

—No puedo decírselo —respondió.

Rasko cerró los puños.

—Señor Potter, hemos venido en son de paz. Parece que prefiere la guerra —amenazó.

—Bueno, aguarden... —Potter alzó las manos, como dando a entender que quería comportarse pacíficamente—. Tengo la dirección aquí, en la agenda de notas...

Llevó una mano al bolsillo posterior del pantalón y sacó la «Beretta». Los dos sujetos se quedaron de piedra.

—Los proyectiles son pequeños, pero matan lo mismo que los grandes — dijo el joven fríamente—. Lárguense inmediatamente.

Ehring no se lo hizo repetir.

—Volveremos a vernos —aseguró, a la vez que daba media vuelta.

—La próxima vez no nos pillará desprevenidos —refunfuñó Ehring.

Los dos sujetos se marcharon. Potter echó la cadena de seguridad en la puerta y luego corrió hacia la ventana.

Rasko y Ehring salieron al poco tiempo a la calle. Subieron a un coche, que arrancó en el acto, y se alejaron sin pérdida de tiempo. Pero Potter pudo darse cuenta de que el automóvil doblaba la próxima esquina.

Sonrió. Los dos sujetos iban a esperar que saliese de la casa. La calle en la que habían entrado no tenía salida.

CAPITULO VI

Con aire completamente natural, Potter salió de su casa, subió al coche y lo puso en marcha. Desde su asiento, pudo ver una cabeza que asomaba por la esquina de la calle sin salida.

Avanzó tranquilamente. La cabeza se retiró. Potter rodó treinta metros más y, de repente, se detuvo, cerrando la entrada de la calle.

Inmediatamente, retiró las llaves del coche, saltó fuera y corrió unos cuantos pasos. Un taxi pasaba en aquel momento y lo detuvo, metiéndose en su interior antes de que los dos hampones tuviesen tiempo de reaccionar.

Mientras el taxi aceleraba, pudo ver, por la luneta posterior, a Ehring que entraba en su coche, para ver de ponerlo en marcha y apartarlo de la entrada de la calle. Al no conseguirlo, pondría la palanca de cambio en punto neutral y lo empujaría, ayudado por su compinche.

Pero habían perdido ya demasiado tiempo y no podrían seguirle. Reclinándose satisfecho en el asiento, encendió un cigarrillo. El taxi dobló una esquina cien metros más adelante y luego se introdujo en una densa corriente de tráfico. Había decenas de vehículos semejantes. Ehring y Rasko no podrían ya localizarle.

Pero se sentía preocupado. Dos tipos buscaban el dinero de Trew, escondido en alguna parte. La cosa no hubiera tenido mayor importancia, si no hubiera sido porque aquel dinero pertenecía legalmente a Fanny.

Había sido demasiado ingenua, se dijo. Fanny podía ser una excelente artista en su clase, pero, respecto a la vida tenía aún mucho que aprender.

Dejó de pensar en el asunto cuando el taxi, al fin, se detuvo en las inmediaciones de las señas que había indicado a su conductor. Pagó la carrera, se apeó y echó un vistazo a la casa adonde Gale había conducido a sus «clientes».

Entró en el edificio con aire natural. Nadie le salió al paso ni le hizo la menor pregunta.

Ciertamente, Gale no había sido demasiado exigente a la hora de alquilar un apartamento en aquella casa. También había que pensar en sus clientes.

Llegó al tercer piso, avanzó un poco por el corredor y se detuvo al fin ante la puerta indicada por Amy. Tanteó el pomo. Como había supuesto, estaba cerrada con llave.

Pero había ido prevenido. La cerradura no era cosa del otro mundo. Sacó un recio destornillador, hizo fuerza y el pestillo saltó sin demasiadas dificultades. Luego entró, cerró a sus espaldas, y contempló el panorama.

El apartamento olía mal. Pensó primero en un posible cadáver, pero desechó la idea al ver el dormitorio revuelto y el baño sucio. Hizo correr el agua de la cisterna y abrió también el grifo de la bañera.

En la cocina encontró un par de platos con comida medio podrida. Por fortuna, había triturador de basuras. No, Gale no había tenido precisamente la virtud de la limpieza.

Luego revisó el apartamento, palmo a palmo. Cuando ya desesperaba de encontrar nada, se fijó en el teléfono de pared.

Alguien había hecho anotaciones de números sobre el empapelado. Potter las copió todas; junto a algunos números, había nombres, casi todos masculinos. De pronto, topó con algo que llamó su atención.

La nota había sido escrita apresuradamente. Decía: «Para A. H. El pez está en Tilton Priory, tercero y sexto.»

Profundamente intrigado, copió la nota y meditó sobre su contenido. A. H. correspondía, evidentemente, a Amy Horton. La escritora, pensó, no era precisamente la mujer honesta que había pretendido aparentar. Y, bien mirado, cincuenta mil libras eran una suma de tentar al más decente.

Después de copiar la anotación, sacó una navajita y arrancó el papel, que quemó inmediatamente en la cocina. Cuando terminó, no había rastros de las notas tomadas por Gale junto al teléfono.

Pero Amy tenía que saber dónde estaba Tilton Priory. Sería cosa de preguntarle con toda discreción.

Se disponía a salir cuando, de pronto, vio que se abría la puerta. Saltó al otro lado y aguardó en silencio, con los nervios en tensión.

* * *

El hombre entró cautelosamente, de espaldas al joven. Potter

decidió actuar y sacó la pistola, que apoyó de inmediato en la espalda del recién llegado.

—No se mueva —amenazó.

El individuo se puso tieso en el acto.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz ronca.

—Eso no importa. Y no creo que tenga una pistola. Debe de ser un objeto duro, una pluma...

—¿Quiere verla? Vuélvase —rió Potter.

El otro giró en redondo. Potter se quedó como petrificado al contemplar aquel horrible rostro.

Pero fue una visión que duró fracciones de segundo. El hombre disparó su mano izquierda, desvió la pistola y luego golpeó el estómago del joven.

Potter se inclinó, lanzando un grito de agonía, a la vez que maldecía su imprevisión.

Antes de que pudiera hacer nada, otro puño le golpeó junto a la oreja. Creyó que su cabeza explotaba y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, creyó que estaba acostado en su cama. Tenía la cabeza apoyada en algo cálido y blanco y las sábanas, muy suaves, acariciaban su cara agradablemente. Sonriendo, se removió para buscar una mejor postura y entonces oyó una protesta:

—Eh, tipo fresco, no te aproveches.

Potter abrió un ojo y se dio cuenta de que tenía la cara apoyada en el pecho de una joven. La mano femenina se retiró de su mejilla; no era una sábana de seda como había creído.

—Me parece que conozco esa voz —dijo.

—Sí, soy yo —confirmó Fanny, sentada sobre sus talones y sosteniendo aún la cabeza del joven—. ¿Vuelves a la vida?

Potter suspiró.

— Por desgracia. Me gustaría estar así un siglo.

—Será mejor que te levantes —aconsejó ella—. ¿Puedo saber qué te ha pasado?

—He tenido el segundo encuentro con Hugo.

—¡No!

—Sí, encanto —Potter hizo un esfuerzo, se sentó en el suelo y

sacudió la cabeza—. El tipo pega duro —añadió.

Fanny puso las manos sobre sus rodillas, todavía en la misma postura.

—¿Estás seguro de que era Hugo?

—Le vi la cara, como te la estoy viendo a ti, dulzura. Pero hay ciertas diferencias, claro.

De pronto, frunció el ceño.

—Fanny, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Bueno, me acordé de algo que tenía olvidado. S, soy sincera, no me mires de tan mala manera. Lo había olvidado por completo. Gale me dio esta dirección hará unos seis meses.

—¿Para qué? —se asombró él.

—Dijo que tal vez un día podía necesitarlo. No le hice mucho caso, dicha sea la verdad.

Pero te llamé a tu casa, no contestabas... y decidí venir aquí. Entonces fue cuando te encontré caído, sin sentido. Me asusté muchísimo, francamente.

—Gracias —sonrió él—. Por fortuna, Hugo se limitó a quitarme del paso con un par de buenos golpes. Tenía una pistola, pero fue como si no la hubiese comprado —añadió

Potter melancólicamente.

—De modo que a ti también te indicaron esta dirección.

—Sí. Una amiga de Gale.

Fanny le miró oblicuamente.

—¿Qué clase de amiga?

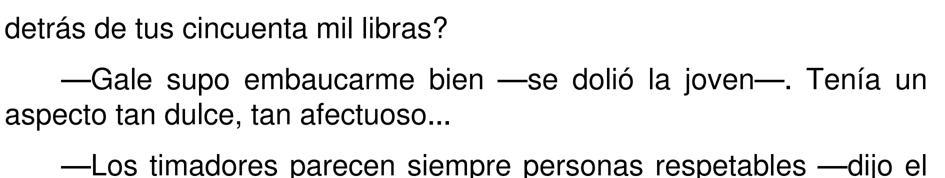
—¿Te preocupa mucho? Eso es que sabes a qué se dedicaba Gale.

—No estaba muy segura, pero, después de haber visto este apartamento, creo que sí, que era una... Sin embargo, no lo aparentaba.

—Hoy día no se puede uno fiar de las apariencias. Por cierto, Fanny, ¿has oído hablar en alguna ocasión de un lugar llamado Tilton Priory?

—No. ¿Qué hay allí?

—Quizá tu dinero. ¿Sabes que hay un par de tipos que andan



detrás de tus cincuenta mil libras?

—Gale supo embaucarme bien —se dolió la joven—. Tenía un aspecto tan dulce, tan afectuoso...

—Los timadores parecen siempre personas respetables —dijo el joven con aire sentencioso—. No te preocupes por eso, quiero decir, por el engaño de que fuiste objeto. Tú estás viva y Gale no, ésa es la diferencia, aunque hayas perdido cincuenta mil libras, cosa que no es segura todavía.

—¿No? Entonces, ya me dirás cómo puedo recuperar ese dinero.

Potter se puso en pie de un salto. Tendió la mano a la muchacha y la hizo levantarse.

—Ahora lo sabremos —aseguró.

—¿Quién nos lo dirá, Butch?

—Amy Horton, la amiga de Gale.

De pronto, Potter vio algo que brillaba en un rincón de la estancia y lanzó un suspiro de satisfacción.

—A su modo, Hugo es honrado y me dejó la pistola —dijo, mientras se la echaba de nuevo al bolsillo—. Fanny, ¿se marchó el policía?

Ella sonrió.

—No era un policía —contestó sorprendentemente—. Se trataba de un honrado ciudadano que esperaba a su novia. Ella vive en la casa contigua, salió, se reunieron y se marcharon.

—Vaya un chasco —murmuró él.

Momentos después, subían al coche de Fanny. Potter sacó un pañuelo y se lo aplicó junto a la oreja.

—Antes dije que hay dos tipos que buscan tu dinero —murmuró, pasados unos momentos.

—Sí. ¿Los conoces?

—Eran secuaces de Trew. Parece ser que éste les prometió una parte de las ganancias y les estafó también, como a ti. Pero andan buscándote. No entiendo cómo pueden ser tan torpes; bastaría buscar en la guía telefónica.

—No me encontrarían jamás —contestó ella.

—¿Teléfono secreto?

—No. Seudónimo.

—¿Eh?

—Fanny King es un nombre más eufórico para firmar mis trabajos y también en el rótulo de la tienda de decoración. El nombre auténtico no resultaría publicitariamente atractivo.

—¿Puedo conocerlo? ¿O es secreto profesional?

Ella sonrió.

—En realidad, me llamo Elspeth Frances Smith. Elspeth no me gusta en absoluto y el Smith, figúrate. Por tanto, adopté el diminutivo de Frances y añadí el King. Resulta bien, creo.

—Sí, me gusta —admitió él—. Entonces, debo seguir llamándote Fanny.

—Si no te importa...

—Al contrario, me encanta. Fanny King... ¿Por qué no Queen?

—Hubiera resultado demasiado presuntuoso, Butch.

—Tienes razón. King puede pasar como apellido, rey, a fin de cuentas. En cambio,

Queen, reina... Reina Fanny, sí, muy presuntuoso.

—Entonces, esos tipos buscaron en la guía y no me encontraron, porque no se les ocurrió buscar Elspeth F. Smith, que es como figuro en todas las inscripciones oficiales: guía de teléfonos, Banco y demás —aclaró la joven.

—Comprendido. Ahora sólo falta que Amy nos indique dónde está Tilton Priory.

—Debe de ser un lugar situado fuera de Londres —apuntó Fanny —. Tal vez una vieja abadía, posiblemente abandonada...

—Sí, el nombre sugiere algo por el estilo —convino Potter—. Bien, si lo averiguamos, será cosa de viajar hasta ese sitio.

—Me permitirás acompañarte, supongo.

—No hay inconveniente, aunque no me gustaría que corrieses riesgos.

—¿Crees que puede resultar peligroso?

Potter se acarició el ligero bulto que tenía tras la oreja.

—Por lo menos, doloroso —contestó, friccionándose el punto golpeado con las yemas de los dedos.

Un cuarto de hora más tarde, Fanny empezó a aminorar la

marcha, a fin de buscar un lugar donde estacionar el coche. Cuando se arrimaba a la acera, Potter tendió la mano hacia adelante.

—¡Mira, Amy está saliendo de su casa! —exclamó.

CAPITULO VII

Fanny terminó de detener el coche. Amy cruzaba la acera en aquel instante y se disponía a subir al suyo, parado a unos treinta pasos del lugar en que se habían detenido los dos jóvenes. Potter fue a abrir la portezuela, pero el estruendoso sirenazo de un camión pesado le hizo detener el gesto.

—Aprisa, por tu lado —exclamó, empujando a Fanny, para que saltase a la acera.

El camión llegaba muy lento y Amy se les escaparía, si no se daban prisa. Pero cuando saltaron a la acera, Amy ya estaba tras el volante de su coche.

Potter dio un salto hacia adelante, a la vez que agitaba una mano para llamar la atención de la escritora. Ella le vio y, en lugar de hacerle caso, hizo girar la llave de contacto.

En el mismo instante, un atroz chorro de llamas surgió del cuadro de instrumentos y le dio de lleno en el rostro.

Fanny lanzó un agudo chillido. Amy se incorporó convulsivamente, con el pelo en llamas y el vestido completamente incendiado. El instinto la hizo abrir las portezuelas, pero más chorros de fuego surgieron de otros puntos del coche y la envolvieron por completo en sus ardientes lenguas.

Los gritos de Amy eran horripilantes. Convertida en una masa llameante, consiguió saltar a la acera, en medio del espanto y el horror de los circunstantes. Amy caminó media docena de pasos, convertida en una antorcha humana, y después de unos cuantos traspiés cayó al suelo.

Un resuelto ciudadano agarró el extintor de su automóvil y trató de apagar el fuego que devoraba a la joven, quien se retorcía espantosamente en el suelo, presa de atroces dolores. Pero, en el mismo instante, el tanque de gasolina de su coche explotó fragorosamente y la gente se dispersó espantada en todas direcciones.

Fanny había dado media vuelta y se apoyaba en su coche, para no caer al suelo. Potter contempló el horrible espectáculo unos momentos y muy pronto advirtió que los movimientos de Amy habían cesado ya. Ahora era sólo una cosa negra que se consumía inexorablemente, despidiendo un horrible olor a carne abrasada.

Por un instante, se preguntó cómo se había producido el suceso. Pero no era el momento de buscar explicaciones, que tampoco iba a conseguir por sí mismo. Agarró a Fanny por un brazo, abrió la portezuela y la empujó al interior del coche.

—Al otro lado —ordenó—. Yo conduciré.

Ella asintió en silencio, cubriéndose todavía la cara con las manos. Cuando accionaba la llave de contacto, Potter vio un par de *policemen* que acudían a la carrera al lugar donde había ardido viva una mujer.

* * *

Potter hizo café, muy cargado, añadió unas gotas de coñac y entregó la taza a Fanny.

Ella bebió la infusión en silencio y luego elevó la vista hacia el joven.

—Butch, ¿qué pasa? ¿Por qué esas horribles muertes? —exclamó.

Potter hizo un gesto con la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Por un lado, pienso, como tú, que pueden estar relacionadas con el asesinato de Trew. Por otro, pienso en una venganza de Hugo.

—¿Lo crees así?

—Madeline, despechada, manipuló en los aparatos y Hugo resultó con gravísimas quemaduras, que le convirtieron en un monstruo. Madeline ha muerto al cabo del tiempo, pero tal vez Hugo piense que otros tuvieron también parte en su tragedia.

—¿Gale y Amy quieres decir?

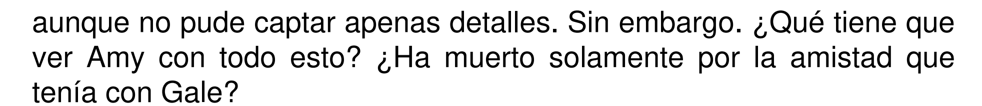
—Sí. De Gale sabemos que lo rechazó, a pesar de que hizo esfuerzos por aceptarle.

Incluso se fue a la cama con él, pero cuando Hugo la besó, ella no pudo dominar su repugnancia y vomitó.

—Debe de haberse convertido en un verdadero monstruo.

—Tú le viste también, como yo.

—Sí, pero muy fugazmente. Lo que vi fue una cara desfigurada,


aunque no pude captar apenas detalles. Sin embargo. ¿Qué tiene que ver Amy con todo esto? ¿Ha muerto solamente por la amistad que tenía con Gale?

—Parece probable, ¿no crees?

Fanny, algo más repuesta, hizo un gesto de duda.

—Tiene que haber algo más —repuso—. Pero no se me ocurre nada.

—Sí, había una relación entre ellas, como lo demuestra el mensaje que dejó escrito en la pared. Amy debió de ir al apartamento en más de una ocasión. Gale lo sabía y por eso le dejó el mensaje. Para mí, la solución está en Tilton Priory, aunque opino que antes debería hablar con Irvine —contestó el joven.

—¿Lo crees necesario?

—Más que necesario, imprescindible.

—Pero no sabes dónde vive.

—Iré al Turnwall. Es el teatro en que actuaba, recuérdalo. Allí encontraré a alguien que me indique su domicilio.

—El personal del teatro no es muy aficionado a dar informaciones sobre el domicilio de los artistas —objetó Fanny.

Potter sonrió.

—Una buena propina convence al más reacio —contestó—. Bien, puedes quedarte en mi casa. Considérala como tuya y si tienes sueño, busca uno de mis pijamas. Ya sabes dónde está la cocina y el frigorífico: es todo lo que necesitas. Pero no abras a nadie.

—¿Qué pasará si te llaman por teléfono?

—Di que he emigrado al continente en busca de trabajo.

Potter se encaminó hacia la puerta. Fanny, desconcertada, miró a su alrededor, contemplando con curiosidad el lujoso interior del apartamento.

—¡Butch! —llamó de pronto.

El joven estaba ya junto a la puerta y se volvió.

—¿Si?

—Oye... Tú estás sin trabajo.

—En efecto.

—Acogido al subsidio de desempleo.

—Exacto.

—¿Puedes mantener estos lujos con el poco dinero que te pagan por estar parado?

Potter sonrió maliciosamente.

—Te lo explicaré con más detalle en otro momento —respondió —. Ahora procura relajarte y trata de olvidar lo que has visto.

—Será difícil —se quejó ella.

—Tienes que intentarlo, aunque te aconsejo no lo consigas a base de bebidas —se despidió él.

Al quedarse sola, Fany se levantó y dio un paseo por la sala. Potter, se dijo, podía estar sin trabajo, pero no vivía precisamente del subsidio de paro. Tal vez era un alto ejecutivo que había perdido su empleo recientemente. Habría hecho algunos ahorros y vivía de ellos, en espera de mejores tiempos. El apartamento indicaba un alto nivel de vida, que no se conseguía precisamente con un oscuro puesto en alguna oficina.

Pero ya lo sabría más adelante, ahora no era motivo de preocupación; había otras cosas que la afligían infinitamente más. Y confió en que el joven pudiera liberarla de los graves conflictos en que se hallaba, solamente por haber hecho caso a una amiga, ahora infortunada y horriblemente muerta.

El conserje del teatro meneó la cabeza cuando oyó la pregunta que le hacía Potter.

—No conseguirá nada —dijo—. Sé que ha rechazado toda clase de visitas, empezando por los periodistas. El señor Irvine quedó muy afectado por aquel trágico suceso y se ha retirado momentáneamente de la escena.

— Lo siento tantísimo —contestó Potter—, Pero, de todas formas, quizá a mí me reciba.

Enseñó dos billetes de cinco libras. Receloso, el conserje miró a derecha e izquierda antes de apoderarse del dinero.

—Se lo diré, aunque lo tenemos prohibido. Gracias por la propina, señor, y ojalá no haga el viaje en balde.

—Vamos —sonrió el joven—. Suéltelo ya de una vez.

Momentos después, tenía la dirección de Irvine. Iba a abandonar el teatro, cuando, de pronto, recordó algo.

—¿Sabe también dónde vive Hugo Zowan?

—¿El ayudante que se quemó? No, lo siento de veras, y no se lo digo para que me dé más dinero. Fue al hospital, estuvo allí una temporada y ya no volvió más por su casa.

—Pero usted conoce su dirección...

—Sí, aunque será inútil. Sé que alquilaron el apartamento; ahora viven en él un matrimonio con tres hijos. Lo único que hice yo fue ir a su casa, recoger algunas ropas, que puse en su maleta; luego avisé de que Hugo dejaba libre la casa y volví aquí. El vino dos días más tarde y se llevó la maleta, de esto hace ya casi un año y no he vuelto a verle ni a saber nada más de él.

—Gracias —se despidió el joven.

Con la dirección de Irvine en el bolsillo, volvió a su coche y arrancó de nuevo. El famoso prestidigitador vivía lejos, casi en las afueras de Londres y tardó una hora en llegar a su casa, cuando ya era de noche cerrada.

Desde el coche, Potter contempló la casa, un edificio aislado de dos plantas, sumido en la oscuridad por completo, a excepción de una ventana iluminada en el piso inferior.

Se preguntó qué excusa daría para conseguir que Irvine 1e recibiera.

Al cabo de unos momentos, se apeó y caminó hacia el edificio a través de un sendero de losas, cuyos intersticio nacía el césped. La puerta estaba protegida por una marquesina en voladizo. Las lámparas exteriores permanecían apagadas.

Sin embargo, llegaba luz suficiente de la calle para ver e botón de llamada, que oprimió en el acto. En el interior se oyó el tañido de una campanilla.

Momentos después, percibió pasos. Un sujeto alto, estira do, de rostro pétreo, apareció ante sus ojos.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Me llamo Frank Potter. Por favor, anúncieme al señor Irvine.

—Lo siento, señor. El señor Irvine no recibe visitas. Buenas noches, señor.

—¡Espere! —gritó el joven, decepcionado al ver que el estirado mayordomo iba a darle con la puerta en las narices—, Dígale que vengo de... de parte de Amy Horton. Era una idea. Si Irvine «picaba», significaría que tenía algo que ver con la escritora muerta. Y si no... «Asaltaré la casa por una ventana», se prometió a sí mismo.

—Tenga la bondad de aguardar, señor —dijo el mayordomo.

Pero no le invitó a pasar, sino que cerró la puerta, aunque sí encendió las dos lámparas que había a ambos lados de la entrada. Potter empezó a pensar en que al fin había conseguido sus propósitos.

Transcurrió un minuto. El mayordomo volvió a hacerse visible.

—Tenga la bondad de seguirme, señor; el señor Irvine le recibirá dentro de unos instantes.

—Gracias.

Potter fue conducido a una sala biblioteca, lujosamente decorada, y dejado solo en ella.

—Aguarde aquí, por favor —se despidió el mayordomo.

Potter lo vio cuando ponía la mano izquierda sobre el picaporte, para cerrar la puerta.

Algo brillaba refulgentemente en su dedo anular. «Menudo pedrusco», se dijo, pensando que debía de estar muy bien pagado para permitirse lujos semejantes.

Claro que también podía tratarse de bisutería, supuso, mientras encendía un cigarrillo para entretener la espera.

CAPITULO VIII

Sobre la mesa de despacho, había abierto un libro, boca abajo, cuyo título atrajo la atención del joven. Era una novela, recientemente editada, de gran éxito, precisamente debido a su escabroso argumento. Potter se preguntó cómo era posible que a Irvine le gustasen semejantes temas.

Amy también pensaba escribir un libro por el estilo, pero sus propósitos ya no se realizarían. Ahora no era sino un cuerpo carbonizado, sobre las losas de la «morgue».

Sacudió la cabeza y levantó el libro, que sujetaba un mapa de carreteras, doblado, pero abierto por un determinado punto que aparecía señalado con un círculo rojo.

Potter juntó las cejas. El nombre que quedaba rodeado por el círculo encarnado era, precisamente, el que estaba buscando.

Con gran rapidez, miró el mapa y su numeración de orden. Encontró la zona a que correspondía y volvió a dejarlo todo tal como estaba Luego se apartó de la mesa, situándose frente a un cuadro que representaba a una hermosa mujer en traje de fiesta.

Casi en el mismo momento, se abrió la puerta. Potter se volvió.

—Deseaba verme, tengo entendido —dijo Irvine.

—Agradezco mucho la gentileza que ha tenido de recibirme —contestó el joven—. Sé que se ha retirado momentánea mente y que no desea recibir visitas; por eso mismo mi gratitud es todavía mayor.

Irvine movió una mano.

—Dejémonos de palabras huecas —atajó—. Si he decidido recibirle, ha sido en atención a mi amiga Amy Horton. Parece ser que la conoce.

—En efecto. Ella me recomendó visitarle a usted, señor Irvine —mintió el joven.

—¿Y bien?

—Bueno, Amy tiene ciertas dificultades económicas...

—Señor Potter, los problemas de Amy no me interesan en absoluto. Si ha venido aquí, pensando en sacarme unos cientos de libras, está muy equivocado. Con su permiso.

Irvine se alejó hacia la puerta, que abrió con la mano izquierda.

Desde el umbral, dijo:

—Mi mayordomo le acompañará inmediatamente, a menos que prefiera salir... por su propio pie.

—Oh, no será necesario —exclamó el joven, a la vez que echaba a andar—. Aunque es la primera vez que he estado aquí, conozco el camino. Gracias por su amabilidad, señor Irvine.

El dueño de la casa mantenía la puerta abierta con la mano izquierda. Potter captó de nuevo un vivo destello en un dedo anular.

A duras penas consiguió ocultar su sorpresa. ¡No había mayordomo! Irvine desempeñaba ambos papeles. Claro que si se pensaba en que era un artista... Pero, ¿por qué?

Caminó unos cuantos pasos más. De pronto, se volvió hacia el dueño de la casa.

—Una última pregunta, por favor. ¿Conocía usted a un tal Trew?

Irvine, pillado por sorpresa, respingó ligeramente. Potter no dejó de observar el cambio de expresión.

—No, nunca he oído ese nombre —contestó Irvine envaradamente.

—Dispense, pero se me ocurrió que quizá usted...

—¡Salga!

Potter alcanzó la puerta. Irvine empezaba a perder la paciencia. Lo cual significaba que se estaba poniendo nervioso y no tenía ganas de un conflicto, cuando la entrevista se había desarrollado pacíficamente.

Cruzó el umbral y atravesó el jardín. Las luces del pórtico habían vuelto a apagarse.

Entró en el coche. Cuando se disponía a arrancar, vio otro que se detenía ante la casa.

Dos hombres se apearon y echaron a andar resueltamente. Potter se preguntó qué relación podían tener Rasko y Ehring con Irvine.

Lleno de curiosidad, se apeó y buscó una zona oscura acercándose al edificio sin ser visto. El silencio era total y así pudo oír la voz de Ehring que preguntaba por Irvine.

—Lo siento, señores; el señor Irvine está ausente —contestó el interesado, nuevamente disfrazado de mayordomo,

—Estás mintiendo, cara de palo —gruñó Rasko.

—Caballero, por favor, no me ofenda...

Ehring lo apartó de un empellón.

—Ahora lo vamos a comprobar —exclamó violentamente—. Y si está, le diremos cuatro palabritas, créeme, rostro de cemento.

—Llamaré a la policía —se quejó el mayordomo—. Esto es intolerable; ustedes han irrumpido en un domicilio ajeno, sin permiso de su dueño.

Rasko agitó la mano.

—Lou, arranca el cable del teléfono —ordenó—. Tú, mayordomo de todos los diablos, vas a acompañarnos y si resulta que nos has mentido, puedes empezar a encargar otra cara. ¡Andando!

Potter contempló la escena, prudentemente oculto. Irvine parecía dignamente enojado, pero no se le veía intimidado. Estaba seguro de su disfraz.

¿Por qué había cambiado su aspecto?, se preguntó.

Los dos hampones comprobarían muy pronto que Irvine no estaba en su casa. Potter no sentía el menor deseo de tener un enfrentamiento con ellos y se retiró con la máxima discreción posible.

De pronto, pensó en el mapa. ¿Y si lo veían aquellos tipos?.

Cuando llegó a la acera, deshinchó las cuatro ruedas del coche de los matones. Levantó la tapa del motor y arrancó todos los cables de las bujías, que lanzó por el cercano imbornal de una alcantarilla. Luego, tranquilo, regresó a su casa.

Entró sin hacer ruido. Había pasado ya la medianoche y no se percibía el menor sonido.

Pisando de puntillas, se acercó a su dormitorio.

Fanny yacía sobre la cama, con uno de sus pijamas, la hermosa cabellera extendida como un abanico de oro sobre la almohada. Un libro yacía a los pies del lecho. Había estado leyendo y el sueño la había sorprendido en aquella postura.

Silenciosamente, cubrió el hermoso cuerpo de la joven. Pocos días antes, habría dado algo bueno por haber podido llevársela a su casa. Ahora la tenía, pero la situación era muy diferente.

Siempre sin hacer el menor ruido, apagó la luz y se retiró al dormitorio de los huéspedes. A los pocos minutos, estaba como un tronco.

* * *

Sin embargo, se levantó muy temprano, cuando apenas alboreaba. Después de un rápido aseo, fue a la cocina y puso en marcha el desayuno. Fanny apareció a los pocos momentos, todavía con el pijama y el pelo suelto. Se apoyó en la puerta, bostezó un par de veces y luego emitió una queja:

—¿Por qué madrugas tanto? Faltan más de veinte minutos para las siete.

—Será mejor que te arregles. Si quieres, podemos pasar por tu casa para que te cambies de ropa. Saldremos de viaje en cuanto estés lista, cosa que te ruego hagas lo más rápidamente posible.

Fanny se despabiló en el acto.

—¿Has descubierto algo interesante? —preguntó.

—Sí. Sé dónde está Tilton Priory.

—Pero eso es magnífico.

—¡Fanny, al baño!

—Sí, ahora mismo. Dispensa, Butch... Oye —se volvió de pronto —, para mí, dos huevos, tostadas, mantequilla, mermelada y café.

Potter meneó la cabeza.

—Se ve que no haces régimen —comentó.

—Oh, no tengo problemas de línea. Es una suerte, ¿verdad?

Potter la contempló un instante. Fanny se puso colorada y echó a correr. Quince minutos más tarde, se sentaba ante la mesa.

—El día en que te vi por primera vez, pensé que tal vez podría invitarte a tomar una copa en mi casa —dijo él, mientras le ponía el plato sobre la mesa.

—Y también pensaste algo más. ¿no es cierto?

—Mujer... ¿Qué hombre no lo habría pensado, en mis circunstancias?

—Bueno, me has tenido en tu casa. Y en tu cama. ¿Por qué no has intentado nada?

—No habría sido ético, Fanny.

—Ah, de cuando en cuando, te atienes a ciertas reglas.

—Hay cosas que un hombre no debe hacer, ni intentar, siquiera, a menos que ella dé o sugiera, su consentimiento, Tú estabas dormida y era un cuadro encantador. Estabas en mi casa, en calidad de refugiada. Mi deber de hombre decente era respetarte.

Fanny sonrió.

—Eres un chico encantador —elogió.

—Gracias, preciosidad.

—Y conquistarás a muchas mujeres. Sabes hablar maravillosamente.

—No tantas como piensas, Fanny. El número de cabelleras que cuelgan de mi cinturón es más bien reducido.

—Quizá, pero me gustas, Butch. Bien, hablaremos del tema en otra ocasión. ¿Qué te dijo Irvine?

Potter hizo un gesto con la cabeza.

—Es un tipo extraño. ¿Sabes que él mismo desempeñaba el papel de su mayordomo?

—¿Qué dices? —se asombró ella.

El joven le relató la entrevista con Irvine. Cuando terminó, Fanny se sentía tan intrigada como su anfitrión.

—No lo comprendo...

—Ni lo intentes, por ahora —aconsejó él—. Termina pronto; hemos de marcharnos cuanto antes.

—Habrá que fregar los platos, ¿no?

—Ya se ocupará la mujer que hace la limpieza de la casa, no te preocupes. ¿Querrás cambiarte de ropa?

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera, Butch?

—Probablemente, podemos ir y venir en el día, aunque no lo aseguro.

—Entonces, sí, iré a buscar algo de ropa.

Minutos más tarde, salían a la calle. Potter se acercó a su coche.

—Viajaremos en el mío; lo conozco bien —dijo, a la vez que insertaba la llave en la cerradura de la portezuela.

De pronto, se puso rígido. Fanny notó el súbito envaramiento de sus músculos y se sintió alarmada.

—Butch, ¿qué sucede? —exclamó.

Potter inspiró profundamente.

—Alguien ha manipulado en el coche. La puerta está abierta.

—Quizá te olvidaste de cerrar anoche.

—No, estoy absolutamente seguro de que usé la llave. Es más, repasé las cerraduras de las cuatro puertas. Incluso revisé el maletero. A este respecto, soy muy cuidadoso y sé que no me equivoco.

Fanny se sintió muy impresionada por aquellas palabras. Potter parecía indeciso y le miró, esperando su reacción. Al fin, Potter sacó la llave y se dirigió hacia la zaga del coche, de cuyo maletero extrajo un bastón.

—Lo usé hace tiempo, cuando me torcí un tobillo —explicó—. Luego lo dejé ahí; puede serme útil en alguna ocasión... ésta, por ejemplo.

Agarrando el bastón por la contera, Potter tiró de la manija de la portezuela, ya liberado el pestillo, y abrió. No pasó nada, por lo que, tras unos segundos de reflexión, introdujo la llave en el lugar correspondiente.

Luego asió el bastón por la empuñadura y, alargando brazo, apoyó la contera en la llave. De pronto, empujó fondo y la hizo girar.

Un chorro de fuego deslumbrante brotó en el acto del cuadro de mandos. Potter dio un salto hacia atrás, a la vez que Fanny lanzaba un chillido. Apenas medio segundo más tarde, dos poderosas llamaradas surgieron también en la zona de los pedales de control del automóvil.

El joven agarró a Fanny por un brazo y tiró de ella, para alejarla del vehículo en llamas.

A distancia segura, contempló su automóvil y meneó la cabeza.

—Fanny, sospecho que vamos a tener que utilizar tu coche —dijo.

* * *

Permanecían callados, mientras el automóvil rodaba velozmente hacia el Norte. Potter se dio cuenta de la preocupación de Fanny y trató de darle ánimos.

—Vamos, olvida lo que ha pasado —exclamó, después de un buen rato de silencio—. A fin de cuentas, hemos salvad la vida.

—Todavía tengo el susto en el cuerpo —confesó ella— Quizá yo habría podido escapar, pero a ti te habría alcanzado de lleno el fuego, como le sucedió a Amy Horton.

—Eso sí es cierto —admitió él—. Pero el que me puso la trampa debió de haber sido más precavido y cerrar la portezuela.

—Si no usó una llave adecuada, no podía hacerlo —alegó Fanny.

—Bueno, el caso es que hemos salvado el pellejo. Y eso es lo que importa.

—Sí, pero, ¿no intentará atacarte otra vez?

—Estaré prevenido, no te preocupes.

—No sé. Parece como si Hugo quisiera hacer extensivo su odio a todo el mundo. ¿Qué hemos podido hacerle nosotros, para desear nuestra muerte? —se lamentó la joven.

—Este asunto tiene más profundidad que la de una simple venganza —contestó Potter pensativamente—. Ya no se trata el desquite de unas quemaduras que le desfiguraron horriblemente. Hay algo más, créeme.

—¿Qué, Butch?

—Dinero.

—El mío, claro.

—Y tal vez, el de alguien más. Cincuenta mil libras es mucho dinero, ciertamente, pero no tanto como para que alguien se decida a planear ciertos crímenes con tanta sofisticación. La cosa vale mucho más de lo que Trew te estafó.

—¿Lo crees así, Butch?

—Sí, estoy convencido de ello. ¿No te fijaste en las llamaradas que se produjeron al dar el contacto?

—Eran deslumbrantes. Me quedé cegada durante algunos segundos.

—Hay parte de magnesio en el artefacto incendiario. El magnesio arde fácilmente y a temperaturas muy elevadas, y si se le añade un poco de petróleo o gasolina, la combinación es irresistible. Pero para hacer arder una cosa así, se necesita la mano de un experto. Ten en cuenta que los mecanismos de ignición están conectados con el sistema eléctrico del coche y hacerlos que funcionen al dar el contacto no es tan fácil como puede parecer a primera vista.

Fanny se reclinó en su asiento.

—Irvine realizaba algunos trucos muy espectaculares —dijo—. Puede ser él.

—Pero era Hugo quien le preparaba los aparatos y demás instrumentos que utilizaba durante su actuación en el escenario. Posiblemente, Irvine sugería la idea del truco y Hugo la levaba a la práctica.

Fanny asintió.

—Sí, resulta lógico —convino. Lanzó un hondo suspiro y preguntó —: Butch, ¿falta mucho para llegar a Tilton Priory?

Potter consultó su reloj de pulsera. También suspiró.

—Aún tenemos dos horas largas por delante —respondió.

—Tenemos una indicación: Tilton Priory. Pero, ¿qué significa «tercera, sexta»?

—No puedo contestarte, encanto; lo sabremos cuando hayamos llegado allí.

Fanny se arrellenó en el asiento y apoyó la cabeza en la parte elevada del respaldo.

—Avísame cuando estemos en Tilton Priory, ¿quiere! —Duerme tranquila, preciosa —respondió él afectuosamente.

CAPITULO IX

La casa se elevaba en lo alto de una loma de poca altitud y ofrecía un aspecto más bien deprimente. La valla de madera que contorneaba el jardín se caía a pedazos. A la entrada había un poste, que sostenía un rótulo en el que se podía leer el nombre de la propiedad.

El rótulo estaba casi vertical, apuntando hacia el suelo, sujeto precariamente por un solo clavo.

Tilton Priory parecía abandonada hacía mucho tiempo. Potter contempló el edificio,

con un cigarrillo en los labios. ¿Qué había allí? ¿Qué clase de aviso había querido dar Gale a Amy Horton?

El edificio tenía una torrecilla picuda en el lado Norte. El tejado era muy inclinado, con salientes abuhardillados. Había dos plantas y la marquesina que cubría la entrada aparecía inclinada en parte, al haber fallado una de las dos columnas que la sostenían. Los cristales se veían opacos a causa del polvo que los cubría.

La hiedra de la fachada aparecía casi completamente seca, sin hojas, sólo los tallos descarnados y amarillentos. Incluso había un árbol ya muerto, con las ramas completamente libres de follaje. Una de aquellas ramas se había partido, pero sin caer al suelo, y pendía verticalmente, confiriendo un toque de lúgubre patetismo al ambiente.

En el cielo se veían algunas nubes plomizas, ventrudas, que corrían velozmente, arrastradas por el viento, que levantaba en ocasiones remolinos de polvo. El viento procedía del Noroeste y en aquella dirección se divisaba un banco de nubes aún más espesas y oscuras que las que tenían sobre sus cabezas.

Fanny seguía durmiendo. Potter la tocó suavemente en el codo.

—Abre los ojos, bella durmiente; ya hemos llegado —dijo.

La joven se irguió en el asiento.

—¿Eso es Tilton Priory? —exclamó, tras unos segundos de observación.

—En efecto —confirmó él—. Ahí tienes el rótulo que lo indica.

—Deprimente. Por nada del mundo me gustaría vivir ahí, Butch.

—Estamos de acuerdo, pero no hemos venido a quedarnos, sino a investigar. ¿Te sientes con ánimos?

Fanny abrió la portezuela.

—Vamos —dijo resuelta.

Potter se apeó y retiró la llave de contacto. Luego cerrón cuidadosamente todas las puertas.

—No quiero que nos jueguen una mala pasada — sonrió.

Ella apoyó una mano en su brazo.

—Butch, has perdido tu coche por mi culpa. Cuando recobre mi dinero, te compraré otro —prometió.

—Oh, no será necesario.

—Estás sin trabajo y la compañía de seguros no te pagará gran cosa.

Potter se echó a reír.

—Fanny, es hora de que lo sepas. No soy un parado. Tengo mucho dinero.

—Ya me parecía a mí —dijo ella, mirándole oblicuamente.

—Heredé una gran fortuna de mi tía Georgina. En realidad, el heredero debía haber sido su hijo, pero desapareció hace ocho años y se le ha dado legalmente muerto. Por tanto, todos sus bienes pasaron a mi poder.

—Vaya una sorpresa —exclamó la joven—. Aunque, bien mirado, en el fondo no acabé de creerme nunca el cuento de tu subsidio de paro.

—Fue todo una broma. ¿Te sientes enojada?

—Oh, no digas tonterías. Anda, vamos de una vez.

Echaron a andar. Potter empujó la puerta de la valla, pero las bisagras cedieron y se desplomó. El joven hizo un gesto de desagrado.

—Hace tiempo que nadie se cuida de la propiedad —observó.

Siguieron andando. A lo lejos se vieron algunos relámpagos. Potter captó olor a humedad.

De pronto, se oyó un fuerte graznido. Un pajarraco aleteó furiosamente y pasó rozando las cabezas de los dos jóvenes.

Fanny, asustada, chilló.

—Es sólo un cuervo —dijo él.

Dos o tres cuervos más se alzaron de un árbol cercano. A Fanny,

aunque no era supersticiosa, le pareció un mal presagio.

Momentos después, llegaban a la puerta de la casa. Potter alargó la mano y tanteó el historiado picaporte. Hizo un poco de fuerza y, de pronto, la puerta se venció hacia adelante y chocó contra el suelo. El golpe sonó como un cañonazo.

Unas nubecillas de polvo se elevaron en el acto. Potter y la joven cambiaron una mirada.

—Con tal de que la casa no se nos caiga encima... —dijo él, a la vez que adelantaba un pie para cruzar el umbral.

En el mismo instante, estalló un trueno, que hizo vibrar sordamente los muros del edificio. Fanny, muy impresionada, se agarró con ambas manos al brazo del joven. Potter percibió con toda claridad el temblor de su cuerpo.

El suelo estaba completamente cubierto de polvo. Potter pensó en subir al primer piso, pero varió de idea y se acercó a una puerta que daba al vestíbulo. Al abrirla, vio que daba a algo que había sido en tiempos biblioteca y cuarto de trabajo del dueño de la casa.

Había todavía una mesa y un par de sillones, cubiertos de polvo y éstos con el tapizado hecho jirones. En los estantes apenas si quedaban algunos libros.

Un relámpago brilló en las alturas. Luego llegó el trueno, fragoroso, semejante a un millón de carros rodando sobre un camino de planchas de hierro. Los polvorientos cristales del la estancia vibraron con fuerza.

La atmósfera se hacía más opresiva a cada segundo que transcurría. Potter percibía la agitada respiración de la joven.

—Si tienes ganas de gritar y crees que eso te va a desahogar, grita sin miedo —aconsejó.

—No, aún me daría más miedo —respondió ella, estrechamente pegada a su acompañante.

Las paredes laterales estaban cubiertas por las estanterías, ahora casi vacías. Sólo había un muro libre, detrás de la mesa, y estaba cubierto por grandes paneles de madera, de forma rectangular.

Un rayo cayó no lejos de la casa y el estallido arrancó un alarido a Fanny. El sonido de la lluvia al caer repentinamente se hizo casi ensordecedor.

—Butch, estoy muy asustada —confesó ella.

—Ten un poco de paciencia —rogó Potter—. Ya que estamos

aquí, debemos hacer todo lo posible por saber qué quiso decir Gale en su mensaje a Amy.

Fanny procuró armarse de valor. A fin de cuentas, se dijo, se trataba simplemente de una tormenta. No había nadie en la casa, excepto ellos, y los motivos de su pánico estaban totalmente injustificados.

—El pez está aquí —dijo, repitiendo el mensaje copiado por Potter —, Tercera, sexto...

¿Qué significa, Butch?

Los paneles eran bastante grandes, de forma rectangular, apaisados. Potter calculó que medían cincuenta centímetros de largo por treinta de alto. De pronto, se le ocurrió una idea y avanzó, rodeando la mesa, para situarse junto a la pared.

—El pez puede significar tu dinero o algo por el estilo, un botín, en suma —exclamó—. Y las otras dos palabras... ¿Qué te parecen «tercera» hilera, «sexto» panel?

Fanny lanzó una exclamación.

—¡Creo que tienes razón, Butch!

Potter contó hasta tres hileras, a partir del suelo. Luego, j empezando desde la izquierda, contó los paneles y golpeó el sexto.

El sonido a hueco que percibió inmediatamente le dijo que había acertado con la clave.

—¡Aquí, Fanny, aquí está el pez! —dijo, muy excitado.

Olvidada de sus temores, Fanny corrió a la pared y repitió los golpes.

—No hay duda, Butch —exclamó—. Es un escondite secreto, pero, ¿cómo abrirlo?

Potter miró a su alrededor. Sobre la mesa había una plegadera cubierta de polvo y la agarró de inmediato. Luego introdujo la punta en uno de los intersticios del panel y forcejeó un poco.

De pronto, se oyó un chasquido.

El panel giró chirriantemente y dejó al descubierto un hueco de unos cuarenta centímetros de profundidad, excavado en el muro de la casa. Pero la decepción de los dos jóvenes fue enorme.

—¡No hay nada! —dijo Fanny.

Furioso, Potter lanzó la plegadera contra el hueco.

—Hemos perdido el tiempo —masculló.

Un trueno retumbó en las alturas. El agua continuaba cayendo a cántaros. Potter se preguntó si sería conveniente aguardar en aquella tétrica mansión a que se pasara la tormenta.

Antes de abandonar la estancia, examinó el interior del escondite. Allí había habido algo, era evidente. No se advertían señales de polvo. Alguien había estado antes que ellos, apoderándose del contenido del hueco.

—Fuese lo que fuese, está en otras manos —masculló—. Fanny, creo que ya hemos terminado. Será mejor que nos vayamos.

—¿Con este aguacero?

—Quizá sea sólo una tormenta de verano. Vamos a ver cómo se presenta el horizonte.

Fanny volvió a asir el brazo del joven. Cuando salían de la estancia, dijo:

—De todos modos, no quiero pasar aquí la noche, Butch; a poco que aclare el cielo, debemos emprender el regreso a Londres.

—Dudo mucho de que puedan regresar a Londres, ni hoy ni nunca —sonó repentinamente una voz en lo alto del primer piso.

* * *

El hombre estaba junto a la escalera y, aunque se hallaba a contraluz, era fácil ver las horribles cicatrices que deformaban sus facciones. Seguramente, tenía las manos también llenas de quemaduras, porque se le veían cubiertas por unos guantes negros.

Era una visión espantosa. Fanny divisó la blanca dentadura, que ya no quedaba oculta por el labio superior, casi desaparecido por el fuego. Era la sonrisa de un demonio, petrificada en una mueca eterna de odio.

—Hugo —murmuró el joven.

—Ustedes debieron haberse quedado quietos; así yo no me habría visto obligado a tomar medidas extremas —dijo Zowan, apoyado ligeramente en el pasamanos.

—¿Piensa matarnos?

—Usaré un procedimiento menos alambicado, pero más eficaz.

De pronto, Zowan sacó una pistola.

Fanny lanzó un grito, a la vez que se cubría la cara con las manos. Potter pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Hugo, no empeore su situación con dos crímenes más —dijo.

Zowan se echó a reír.

—¿Quién lo va a saber? —Se oyó un trueno y añadió— Aparte de que la casa está aislada, la tempestad impedirá que se oigan los disparos.

—Escuche, nosotros sólo queremos que Fanny recobre su dinero.

—Buscando ese dinero, pueden encontrar algo más y no me conviene —contestó Zowan.

—¿Qué es? Puesto que va a matarnos, no creo que tenga inconveniente en decirlo.

—Puesto que les voy a matar —remedó Zowan burlonamente—, ¿qué interés tienen en saber algo que ya no les va a servir para nada en el otro mundo?

Potter entornó los ojos.

—Hugo, ¿conocía el mensaje de Gale, dirigido a Amy?

—Usted arrancó el empapelado, pero olvidó algo: en el enlucido de la pared, quedaban las marcas del bolígrafo que empleó Gale para escribir su nota.

—Muy astuto —admitió el joven. Trataba de ganar tiempo; tenía su «Baretta» en el bolsillo posterior de los pantalones y. si podía separarse de Fanny, se defendería con todas sus fuerzas. En modo alguno pensaba dejarse matar como un cordero—. ¿Encontró algo en el hueco de la biblioteca?

—Alguien se me anticipó, aunque creo saber quién es —respondió Zowan—. Sin embargo, no les diré nada más. Esto ya se ha acabado.

Zowan levantó la mano armada. Potter se preparó para actuar. Empujaría violentamente a Fanny. saltaría al lado opuesto y...

En el mismo instante, se vio brillar una luz cegadora, blancoazulada. y un horroroso estrépito sacudió la casa, desde el tejado a los cimientos. El brutal estallido de la descarga eléctrica hizo creer a Potter que se le habían saltado los tímpanos.

Un penetrante olor a ozono invadió la atmósfera. Apenas un segundo después, la escalera se derrumbó con tremendo fragor, provocando un fuerte temblor en el edificio.

Zowan gritó. Estaba apoyado en el pasamanos y, al desplomarse la escalera, le falló y se tambaleó violentamente.

Tratando de buscar un asidero, perdió la pistola. Perdió el equilibrio y se precipitó al suelo, lanzando un agudísimo chillido.

Potter ya no quiso esperar más; tirando de la muchacha, corrió hacia la salida.

El agua era una cortina que parecía intraspasable, pero ello no le arredró. La caída del rayo, se dijo, había resultado providencial. Llevando a Fanny casi en volandas, corrió hacia el coche, abrió y la hizo entrar a empellones. Luego corrió a situarse tras el volante.

El motor arrancó satisfactoriamente. Potter lanzó una mirada hacia la casa. El rayo había caído sobre el punto más elevado, la torrecilla picuda, que ahora se veía en llamas.

Pero el fuego se había producido en un punto demasiado alto y caía mucha agua. Tilton Priory no ardería.

Pisó el acelerador. Cuando el coche empezaba a moverse, vio una silueta que salía tambaleándose de la casa. Zowan, calculó, se sentía aún aturdido por la caída. No les daría alcance, se prometió, mientras hacía que el coche arrancase a toda velocidad.

CAPITULO X

—Nos hemos salvado por los pelos —dijo Potter un rato más tarde.

Fanny tenía la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados.

—Estos sustos me van a matar —se lamentó.

El joven sonrió.

—Alguien nos ha ayudado, enviando providencialmente un rayo amigo —contestó.

—Pero ha estado a punto de partirnos. ¡Qué susto, Dios mío! Entre la pistola de Hugo y el rayo... Butch, te lo juro, nunca me había visto en una situación semejante. Mírame el

pelo, ¿quieres?

—¿Qué dices? —se extrañó él.

—Bueno, cuando se pasa mucho miedo, salen las canas instantáneamente.

—Todavía lo tienes atractivamente rubio —rió Potter—. Pero conservas el buen humor y eso es siempre agradable.

—No creas, aún siento pánico. Esa lóbrega mansión, la tormenta, Hugo, los cuervos... Y, por si fuese poco, no hemos conseguido nada.

—Alguien estuvo antes, es cierto —convino él—. Pero, ¿quién?

—¿No se te ocurre ningún nombre?

Potter hizo un gesto negativo.

—Lo siento. Casi podría decir que estoy tan a oscuras como al principio —respondió.

Fanny se arrellanó en el asiento.

—Butch, hay algo que me resulta incomprensible —manifestó—. Hugo estaba en la casa, sin duda, aguardándonos.

—O quizá llegó después, sin que nos enterásemos, y prefirió esperarnos, escondido en el primer piso.

—Puede ser, pero no es demasiado relevante. El caso es que estaba en la casa, y que debía de haber pensado que estábamos muertos, ¿no crees? Porque, si mal no recuerdo, puso unos artefactos incendiarios en tu coche.

—Sí, es cierto. Sin embargo, pienso que tal vez estaba en las

inmediaciones, aguardando el resultado de su trampa. Cuando vio que no nos sucedía nada, buscó su coche y se nos adelantó en el viaje, sobre todo, si tenemos en cuenta que tuvimos que ir a por el tuyo y eso nos hizo perder algún tiempo.

—Una explicación muy aceptable —convino ella—. Bueno —suspiró—, parece que ya amaina.

La furia de la tormenta había menguado considerablemente y el agua era ya sólo una ligera llovizna. La carretera, sin embargo, parecía casi inundada y Potter manejaba con cuidado, a fin de evitar un inoportuno patinazo, que les habría causado graves contratiempos.

Era un camino secundario, muy angosto, con bastantes curvas. De pronto, al salir de una de ellas, vieron a un coche que venía en dirección opuesta.

—¿Otro que va a Tilton Priory? —dijo Fanny.

Potter se arrimó a la cuneta, a la vez que aminoraba la velocidad más todavía. El otro vehículo les alcanzó bien pronto. Al cruzarse, vio que había dos individuos en el asiento delantero y los reconoció instantáneamente.

—¡Son ellos! —gritó, a la vez que pisaba el acelerador a fondo.

—¿Quiénes? —exclamó Fanny.

Potter no se entretuvo en responder. Fanny se volvió para mirar a través de la luneta posterior.

Entonces contempló una escena asombrosa. El conductor del otro coche había frenado a fondo, pero el suelo resbaladizo le hizo perder el control y el vehículo se deslizó lateralmente, girando al mismo tiempo en un violento «trompo». Luego, la misma inercia, lo sacó fuera del camino, llevándolo a estrellarse de costado contra un árbol.

—¡Ha chocado! —gritó.

Potter lanzó una fugaz mirada a través del retrovisor. Rasko y Ehring, se dijo, habían quedado momentáneamente fuera de combate. Pero, ¿quién les había dicho que debían ir a Tilton Priory?, se preguntó.

Quizá había una solución para ese enigma, se dijo. Y la pondría en práctica al día siguiente.

Poco después, cesó la lluvia. Potter sugirió la conveniencia de comer algo.

—Estoy desfallecido —dijo.

—Yo también tengo algo de apetito —declaró Fanny.

—Nos detendremos en el primer parador que nos salga al paso.

Un cuarto de hora más tarde, Potter detenía el coche frente a la cafetería de una estación de servicio. Antes de apearse, agarró a Fanny por los hombros y, atrayéndola hacia sí, la besó fuertemente en los labios.

—Eh, ¿qué haces? —protestó ella.

Potter sonrió.

—¿Necesitas respuesta?

Los ojos de Fanny chispearon.

—Cuando me conociste, tenía cierta apariencia..., pero no soy lo que te piensas —dijo.

—Por todo lo cual, me gustas aún más —aseguró él, a la vez que abría la portezuela.

Más tarde, después de comer unos bocadillos y tomar una taza de café, Potter explicó sus proyectos a la muchacha.

—¿Crees que es conveniente? —dijo ella.

—Más que conveniente, necesario. Debo enfrentarme con esos tipos y obligarles a que pongan sus cartas boca arriba.

—Quizá no sé avengan a hacer lo que pretendes —objetó Fanny.

—Tal vez, pero debo intentarlo —respondió él firmemente.

Le costó dos días, pero al fin dio con el paradero de Ehring y Rasko. Al atardecer del segundo día, entró en un *pub,* de mejor aspecto que El Elefante Blanco. Desde la puerta, avizoró el panorama.

Sí, los dos hampones estaban allí, tomando melancólicamente unas cervezas. Potter sonrió; parecían dos gallinas mojadas.

Una camarera, con los senos al aire, se le acercó obsequiosamente.

—¿Desea una mesa? ¿Prefiere beber en la barra, señor?

Potter la miró especulativamente.

—¿Hay reservados? —preguntó.

—Sí, señor.

Un billete de cinco libras cambió de manos.

—Dime un número y sube una botella de lo bueno y tres vasos.

Quizá luego te llame, preciosa.

—Estaré a su disposición en cualquier momento, señor —contestó la chica—. El número cinco está libre —añadió.

—Gracias.

Potter cruzó la sala y se detuvo ante la mesa ocupada por los dos sujetos. Ehring y Rasko se sobresaltaron.

—He venido a hablar con vosotros —dijo el joven, sin darles tiempo a reponerse de la sorpresa—. Arriba, sin testigos.

Dio media vuelta y echó a andar, seguro de que los hampones le seguían. Entraron en el reservado y la camarera llegó, pisándoles los talones.

—Aquí está su pedido, señor.

—Gracias. Te llamaré más tarde, encanto.

—Sí, señor.

Por encima del hombro, mientras cerraba la puerta, Potter dijo:

—Abre la botella, Lou.

—Vamos a hablar claro y sin tapujos —declaró—. Vosotros buscáis algo interesante y, me parece, es lo mismo que busco yo. Pero da la casualidad de que ese dinero tiene dueño.

Trew nos debía un buen pico —se quejó Rasko.

—Yo podría decir ahora que no me importan vuestros problemas con aquel estafador —contestó el joven—. Pero tienen relación con los míos y creo que debemos unir nuestras fuerzas.

—¿Qué ganaremos nosotros con ello? —preguntó Ehring, a la vez que le entregaba un vaso lleno.

—Las cinco mil libras que os debía Trew a cada uno.

—¿Habla en serio? —exclamó Rasko.

—Este asunto no es cosa de broma. Por ese dinero, al menos, en parte, han muerto ya tres personas, las tres mujeres. Yo mismo he estado a punto de morir en dos ocasiones.

Tengo ganas de solucionar el asunto, ¿entendido?

—Sí, pero, ¿qué podemos hacer nosotros?

—¿Había alguna relación entre Trew e Irvine?

Los dos hampones se consultaron con la mirada.

«Sí, la había», pensó el joven.

—Bueno, la verdad... —Ehring empezó a hablar, pero se calló de inmediato.

—¿No te fías de mí? —sonrió Potter—. Mira, Lou, si te fijas un poco, pensarás que cincuenta mil libras, aun siendo una cifra considerable, es poco menos que nada para mí.

Pero ese dinero pertenece a una chica que me gusta muchísimo y quiero recobrarlo para ella. Tú pensarás que yo podría dárselo, pero eso no es una solución satisfactoria. Quiero que lo recobre... y yo pagaré el diez por ciento de esa suma, tal como os había prometido Trew.

—Es que hay algo más que ese dinero —terció Rasko.

Potter alzó las cejas.

—¿Sí?

—Una fortuna, tal vez un cuarto de millón.

—¿Cómo?

Rasko se volvió hacia su compinche.

—Creo que debemos ser sinceros, Lou —dijo.

Ehring asintió.

—Sí, tienes razón. Esmeraldas de contrabando, señor Potter —declaró.

El joven silbó.

—Eso lo explica todo... bueno, en parte, pero contribuye muchísimo a aclarar las cosas.

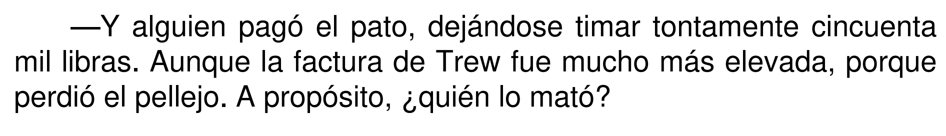
Supongo que Irvine se aprovecharía para hacer el contrabando en sus viajes al extranjero.

—Sí, en efecto —confirmó Ehring—. Trew había invertido cincuenta mil libras y esperaba

ganar cien mil. Nosotros teníamos que vigilar a Irvine y evitar que se burlase de nuestro jefe.

—Empiezo a sospechar que tres mujeres murieron no precisamente por odio —dijo Potter—. ¿Entregó Trew las cincuenta mil libras?

—Por lo que sabemos, sí, pero no le devolvieron el préstamo ni las ganancias prometidas.


—Y alguien pagó el pato, dejándose timar tontamente cincuenta mil libras. Aunque la factura de Trew fue mucho más elevada, porque perdió el pellejo. A propósito, ¿quién lo mató?

Rasko enseñó las palmas de sus manos.

—No tengo ni idea —contestó.

—Oiga, el jefe fue al teatro con una rubia... —dijo Ehring.

—Ella no fue —cortó Potter, tajante.

—¡Aguarde! —exclamó Rasko de súbito—. No, no pudo ser la rubia. Detrás de Trew, ahora lo recuerdo, había una mujer. Muy guapa, y estaba situada justo en la butaca de atrás.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo estaba entre bastidores, vigilando a Irvine. Cuando Madeline empezó a arder, me di cuenta de que la morena se levantaba y echaba a correr.

—Ah, era morena...

—Sí, muy guapa y con un cuerpo estupendo. Créame, si le viese, la reconocería de inmediato.

Potter pensó inmediatamente en cierta persona.

—Busca los periódicos de hace cinco días —aconsejó—. Publicaron su fotografía en primera plana. Llámame cuando la hayas reconocido.

—Sí, señor.

Potter sacó una tarjeta de visita y se la entregó al hampón. Luego les dio sendos billetes de cien libras.

—Quiero que os mováis —añadió perentoriamente.

Ehring y Rasko asintieron al mismo tiempo.

—Descuide —contestó el primero.

—Ah, una cosa —exclamó Potter—. Vosotros tenéis muchas amistades. Quizá alguien lo sepa; en todo caso, quiero que tratéis de encontrarlo, aunque no debéis hablar con él.

Me refiero a Hugo Zowan, el ayudante de Irvine.

—¿El que se quemó? —dijo Rasko.

—Sí, el mismo. Vamos, moveos ya.

—Los dos hampones abandonaron el reservado. Potter tomó otro sorbo y encendió un cigarrillo. A los pocos instantes, sonaron unos

golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!

La camarera entró.

—Me llamo Susie —sonrió.

—Cierra la puerta —indicó él.

Susie obedeció. Luego se acercó a la mesa y aceptó el vaso que le tendía el joven.

—¿No te echarán de menos en la sala?

—Llegaste justo cuando iba a terminar mi horario —contestó ella.

—Bueno, supongo que no te importará prolongarlo un poco más.

—Todo lo que quieras.

Potter asintió. Necesitaba relajarse un poco, pensó. Susie podía ayudarle.

Llamaron a la puerta. Al abrir, Potter vio a Fanny en el umbral.

—Hace días que no tengo noticias tuyas —le reprochó ella.

—Lo siento. He estado bastante ocupado... Entra, tomarás una taza de café conmigo.

Fanny llevaba puestas unas gafas oscuras y una chaqueta de color marrón, de las que se despojó en el acto.

—No me ha seguido nadie —dijo.

—Lo celebro. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, aunque me siento aprensiva... No he querido usar mi coche; no me atrevo.

—Es lógico.

—¿Viste a Ehring y a Rasko?

Potter sonrió.

—Antes tenían un jefe, Trew. Ahora soy yo su jefe —contestó.

Fanny se sobresaltó.

—¿Te has aliado con esos matones?

—Es preferible tenerlos como aliados que como enemigos. Ven a la cocina y haremos el café.

Ella le siguió mansamente. Pero el teléfono sonó en aquel instante y Potter volvió sobre sus pasos.

—Dispensa, Fanny —levantó el aparato—. Soy Potter.

—Jefe, ya sé quién es la fulana. Bueno, era —exclamó Rasko.

—Amy Horton.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo figuré, cuando diste su descripción. Sólo quería que lo confirmases.

—Tuvo que ser ella, no fue de otro modo. Pero, ¿cómo pudo pincharle?

—Rasko, ponte en el sitio de Amy, justo detrás de Trew. ¿A que no te costaría nada, en medio de la confusión, pincharle con una aguja de inyecciones?

—Sí, tiene usted razón. Oiga, ¿sabe una cosa? Creo que hoy me dirán algo de Hugo.

—Interesante, Rasko. Llámame en cuanto sepas dónde vive.

—Descuida, jefe.

Potter volvió el teléfono a la horquilla.

—Ahora ya lo sabemos —dijo—. Amy asesinó a Trew.

—Pero, ¿por qué? —se asombró Fanny.

—Por un cuarto de millón en esmeraldas de contrabando. «El pez», en la clave que Gale dejó escrita sobre la pared de su apartamento de «trabajo».

CAPITULO XI

Fanny encendió su cigarrillo con aire pensativo y apoyó el codo izquierdo en la mano derecha.

—De modo que todo se reduce a doscientas cincuenta mil libras, en una operación ilegal de importación de esmeraldas.

—Así es —contestó Potter, después de vaciar su taza de café—. A ti te sacaron cincuenta mil libras, una suma que Trew no podía disponer en el acto. Trew pensaba ganar cien mil y te hubiera devuelto el préstamo, mas otro tanto. Pero, por lo visto, alguien pensaba quedarse con todos los beneficios.

—¿Irvine?

—Parece, más que probable. Muerto Trew, la reclamación del dinero que le debía ya no tenía razón de ser. A Irvine, seguramente, no le hacía demasiada gracia haber corrido con los riesgos de traer las esmeraldas y obtener solamente cien mil libras de beneficio, porque Trew pensaba ganar ciento cincuenta mil más.

—En resumen, lo quiso todo para sí.

—Seguramente.

—Pero mi dinero...

—Esas operaciones, encanto, se hacen siempre con dinero contante, nada de cheques.

Tú diste cincuenta mil libras y con ellas pagaron, o iban a pagar, las esmeraldas en el extranjero. Ahora bien, sospecho que el negocio no se ha consumado, lo cual significa que las esmeraldas siguen en alguna parte.

—Sí, pero, ¿dónde?

—Ah, a mí también me gustaría saberlo —sonrió Potter.

—De todas formas, hay algo que me decepciona, Butch —dijo Fanny.

—¿Sí?

—Supongamos que encuentran las esmeraldas. ¿Voy a tener que venderlas para recuperar mi dinero?

—Lo siento, no puedo contestarte.

—Si lo hago, me pongo fuera de la ley. Y si me quedo quieta, perderé mi dinero de todas formas.

—Bueno, quizá haya una solución, aunque, por supuesto, no puedes hacer ningún cálculo, mientras no tengamos las esmeraldas en la mano. De todos modos, yo puedo arreglar tu problema.

—¿Cómo? —preguntó Fanny.

—Aguarda un momento —pidió él.

Potter abandonó la cocina y volvió al poco con un objeto. Tomó la mano de la joven, sonrió y luego puso una hermosa sortija en su dedo anular.

—Es una petición de mano —dijo.

—Oh, Butch, no bromees...

—Hablo completamente en serio, querida.

Fanny bajó la vista.

—Es una sortija preciosa. Vale mucho y es muy antigua.

—Alguien la usó hace sesenta años, para pedir la mano de tía Georgina. La heredé, junto a otras joyas y los demás bienes.

Los ojos de Fanny se llenaron de humedad.

—Me pillas de sorpresa. No sé qué contestarte.

Potter acarició suavemente la mano de la joven.

—Piénsatelo bien. Si no estás decidida, me devuelves la sortija. Mañana, por ejemplo.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, impetuosamente, Fanny se arrojó en brazos del joven.

—No tengo que pensarme nada —exclamó ardientemente.

El teléfono sonó bruscamente, arrancando al joven del sueño en que se hallaba sumido. Potter alargó la mano y atrajo el auricular hacia sí.

—Hola —gruñó—. Soy Potter. ¿Quién me llama?

—¡Jefe! —gritó Rasko, excitadamente—. ¡Hemos localizado a Hugo!

Potter saltó de la cama.

—¿Seguro?

—Le llamo desde la calle. Ehring está dentro de la casa, vigilando que no se escape.

¿Cuánto tardará en llegar?

—Depende de la distancia, Rasko.

El sujeto dio la dirección. Potter hizo un cálculo rápido.

—Media hora, por lo menos —dijo al cabo.

—Bien, si sucediera algo, uno de nosotros le esperará aquí —contestó el otro.

Potter saltó de la cama y corrió al baño. Cinco minutos más tarde salía a la calle. Tuvo la fortuna de encontrar taxi a los pocos momentos y le enseñó un billete al conductor, para estimular el sentido de la rapidez. Al final del plazo prometido, desembarcaba frente a la casa señalada por Rasko.

—Lou está arriba —le indicó el sujeto—. Cuarto piso, apartamento E.

—Gracias.

El joven corrió hacia el ascensor. Cuando salía al corredor, vio a Ehring que salía por la puerta.

La mano de Ehring señaló la puerta situada justamente en frente. Potter se acercó a él.

—¿Sigue ahí?

—Sí. Este apartamento está vacío y persuadí al conserje para que me dejara permanecer un rato. Me costó cinco libras...

—Tome —dijo Potter, entregándole el dinero.

—¿Debo aguardarle aquí? He visto a ese tipo y me parece muy fuerte. Quizá necesite ayuda.

Potter se tocó la mandíbula.

—En todo caso, le llamaría. Gracias, Lou.

Cruzó el pasillo y tocó la puerta con los nudillos. Ehring se escondió discretamente.

Alguien abrió instantes después. Potter se quedó parado al ver a una mujer de unos treinta y cinco años en el umbral, de mediana estatura, formas abundantes y rostro poco acogedor.

—¿Qué desea? —preguntó ella.

—Busco a Hugo Zowan, señora.

—No está aquí.

Potter decidió dejarse de contemplaciones y la apartó a un lado. Entró en el apartamento y miró a derecha e izquierda y luego lanzó un

fuerte grito:

—¡Salga, Hugo! ¡Soy Frank Potter y quiero hablar con usted!

—Ya le he dicho que es inútil. Hugo se ha marchado —exclamó la mujer.

El joven se volvió. Ella estaba apoyada displicente sobre una consola, con la sonrisa en los labios.

—¿Quién es usted? —preguntó Potter.

—Lisa Rowden, la amiga de Hugo... La única persona que ha tenido la fuerza de voluntad suficiente para cargar con él. No es muy agradable de mirar..., pero en los momentos interesantes se apaga la luz y...

—¿No es su esposa?

—No me importaría serlo. Pero él no quiere. Dice que no debo cargar con un monstruo.

—Señora Rowden, ¿sabe que Hugo ha cometido tres asesinatos?

—El no ha sido —protestó Lisa agudamente.

—No trate de engañarme. Estoy buscándole. Quiero encontrarlo. ¿Necesita dinero?

Ella hizo una mueca de desprecio.

—Métase su dinero en... Hugo no está en casa y no voy a decirle dónde ha ido —contestó.

Desconcertado, porque los hampones no habían visto salir a Hugo, volvió junto a la mujer.

—¿Cómo se ha largado? —preguntó.

Lisa señaló la ventana.

—Da al patio trasero. Hay un canalón exterior. Hugo fue siempre un gran gimnasta.

Potter asintió.

—De modo que Hugo se ha marchado... y usted sabe dónde está. ¿No quiere decírmelo?

—No.

El joven no se inmutó. Metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes. Lisa le miró desdeñosamente.

—No se moleste —dijo—. Hugo va a conseguir mil veces más.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—¿Cree que soy tonta?

—Apuesto algo a que ha encontrado una bolsita con esmeraldas, ¿verdad?

Lisa se irguió.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Conque era cierto —sonrió Potter—. ¿Quiere que llame a la policía?

La mujer se asustó.

—No. Espere, no meta a los «polis» en este asunto. Hugo ha sufrido muchísimo. El dinero no le importa demasiado... Bueno, tampoco lo desdeñará si consigue encontrar las piedras. Pero lo que más quiere es que los médicos le arreglen la cara y eso costaría muchísimas libras. Es un buen especialista; después podría trabajar en los estudios de cine, para los efectos especiales. Es honrado, se lo juro.

—Pero se vengó de tres mujeres —dijo Potter—. Las tres murieron abrasadas.

—No, él no fue. Créame.

—¿Podría probarlo?

Lisa se retorció las manos. Potter adivinó que estaba enamorada de Hugo. Si éste se arreglaba el rostro un poco, perdería su miedo a mostrarse en público. La vida cambiaría para él.

—Yo fui su enfermera cuando lo llevaron, al hospital —continuó Lisa, después de sentarse en una silla—. Hugo es un hombre muy sensible. Quedó destrozado moralmente... y hasta hace poco no ha comenzado a vivir de nuevo. No quiero que le pase nada: sería capaz de dar las esmeraldas para que no le ocurriese nada malo.

¿Sabe?, después que lo curaron, le quedó un horror invencible al quirófano; entonces podía haberse operado el rostro, pero no quiso. Ahora, al fin, parece decidido, pero no tenemos dinero suficiente.

Potter puso una mano sobre el hombro de la mujer.

—Lisa, si es necesario, yo ayudaré a Hugo económicamente; Pero usted debe decirme dónde está.

—Ha ido al «Turnwall». Creo que es allí donde están las esmeraldas.

—Gracias, Lisa. ¿Puedo usar el teléfono?

Ella movió la mano desmadejadamente. Antes de marcar. Potter se volvió.

—Lisa, si Hugo es inocente, también le ayudaremos ante la policía.

—Será difícil de probar. Soy la única que puede asegurar que no lo hizo. Cuando murieron esas pobres mujeres estaba conmigo... Pero, ¿qué valor puede tener mi palabra? ¿Quién corroborará mis palabras?

—Lo importante es que sea inocente. En tal caso, la verdad sale siempre a relucir —dijo el joven con firme acento.

Levantó el aparato y marcó un número. Esperó, pero pronto se dio cuenta de que Fanny no contestaba.

—¿Adonde habrá ido esa loca? —masculló.

Colgó el teléfono nuevamente. Quería que Fanny estuviese presente cuando hablase con Hugo. A fin de cuentas, ella tenía derecho a recobrar cincuenta mil libras que había prestado a un desaprensivo.

De pronto, se le ocurrió que podía estar en su casa. Pero no quería perder tiempo yendo a buscarla. Alguien lo haría por él.

—Lisa, quédese tranquila. Haré todo lo que pueda por Hugo —prometió, a la vez que se dirigía a la puerta.

Ehring aguardaba en el pasillo.

—Lou, tienes que ir a mi casa —dijo—. Seguramente, la señorita King está allí. Dile que he ido al «Turnwall». Espera. quizá no te crea sólo de palabra...

Sacó una tarjeta de visita, garabateó unas líneas y se la entregó al sujeto.

—Date prisa, Lou.

—Descuida, jefe —contestó Ehring.

Inmediatamente, Potter se lanzó a la calle en busca de un taxi que le llevase cuanto antes al teatro donde pocas semanas antes había visto quemarse viva a una hermosa mujer.

Aquél había sido el primer acto de un drama, cuyo desenlace iba a producirse antes de que acabase el día, presintió.

CAPITULO XII

Fanny entró en el teatro silencioso y solitario a aquellas horas, y alcanzó la puerta que daba a la platea. El interior estaba apenas iluminado, en penumbra, y reinaba un silencio absoluto.

Avanzó un par de pasos y se detuvo.

—¡Butch! —gritó.

La llamada rebotó en múltiples ecos, que se extinguieron gradualmente. Pero no hubo respuesta.

Aprensiva, Fanny dio unos cuantos pasos más. De pronto, percibió un ruidito a sus espaldas.

Quiso volverse, pero una mano puso algo blanco y húmedo ante su cara. Se debatió ferozmente y muy pronto se percató de que perdía las fuerzas, debido al narcótico de que estaba impregnado el pañuelo. Sin perder todo el sentido, notó que era arrastrada hacia el escenario.

Con ojos turbios, vio un gran cuenco y un poste. Le pareció que contemplaba aquellos tétricos objetos desde una enorme distancia, como si estuviese en otro mundo. Paradójicamente, no sentía ningún temor. Era como si todo le resultase indiferente.

Notó el frío contacto de la cadena que la sujetaba al poste. Luego, el atacante tapó su boca con una tira de esparadrapo. A continuación, sacó un frasquito del bolsillo, lo destapó y lo situó bajo la nariz de la joven.

Fanny se sintió revivir. Entonces pudo contemplar a su sabor el horrendo rostro que tenía frente a sí.

El monstruo sonrió horripilantemente. Fanny creyó que iba a desmayarse. Ahora, librada de los efectos del narcótico, se dio cuenta de que iba a morir quemada, como Madeline, como Gade, como Amy.

Sus ojos se dilataron en una muda pregunta: «¿Por qué?»

El asesino lo comprendió.

—Potter ha averiguado dónde están las esmeraldas. Si no me lo quiere decir, pondré en funcionamiento el mecanismo de ignición y el petróleo se inflamará —dijo.

Fanny movió la cabeza desesperadamente. «No, él no sabe nada», quería decir, pero el esparadrapo le impedía emitir el menor sonido.

—Sí, las tiene —insistió el monstruoso individuo—. Los dos

llegaron a Tilton Priory segundos después que yo y me escondí, porque presentí que iban a tiro hecho. Lástima que aquel rayo me impidiese pegarle un tiro..., pero hoy no habrá tormenta que lo libre.

Zowan se marchó del escenario y saltó al patio de butacas. Fanny quedó a solas, entregada al horror más absoluto.

Sentíase absolutamente indefensa. ¿Cómo había podido caer en la trampa? Potter no tenía por qué saber que las esmeraldas estaban en el teatro, pero ella sí había creído al sujeto que se había hecho pasar por Butch, a través del teléfono. Y no se había imaginado que se trataba de un ardid, hasta ser atacada por Hugo.

Aquel hombre estaba loco. Las quemaduras sufridas en el accidente no habían afectado solamente a su cuerpo, sino también a su cerebro. «Loco, loco de remate...», pensó.

Las pocas luces que había encendidas se apagaron bruscamente.

Sobrevino la oscuridad. Fanny se dijo que no lo podría soportar. Su corazón estallaría en cualquier momento. El miedo llegaba ya en su ánimo a límites insoportables.

Potter llegaría pronto. Entonces, se encendería un reflector y ella quedaría iluminada, como había sucedido con Gale. Después, Hugo...

Repentinamente, notó algo a sus espaldas. Una jadeante respiración calentó sus manos.

—Silencio —susurró alguien—. No se mueva en absoluto.

Voy a quitarle las cadenas, pero es preciso evitar el menor ruido. No tema, soy amigo.

Fanny se sintió apoderada de un extraño vértigo. Aquel hombre no era Potter. Pero, entonces, ¿quién era?

Las cadenas resbalaron con gran lentitud a lo largo de su cuerpo. El desconocido murmuró:

—Cuando yo le diga, salte fuera, pero evite poner los pies en el petróleo. La descalzaré para evitar sonidos delatores, ¿entendido?

Fanny asintió. Las manos, muy rugosas, notó, le quitaron los zapatos. El hombre dijo:

—Salte a su derecha.

Ella obedeció. Casi en el mismo instante se encendió una luz en el escenario.

Alguien lanzó un rugido de rabia infinita. Fanny, aterrada, intentó huir, pero tropezó con algo y cayó cuan larga era.

Entonces presenció una escena inenarrable.

Dos hombres se enzarzaron en una feroz pelea, cuerpo a cuerpo. Fanny creía soñar.

Los dos hombres eran absolutamente iguales. La muchacha pensó que parecían gemelos, pero no era posible que ambos hubiesen sufrido las mismas quemaduras en el rostro.

¿Había dos Hugo Zowan?

Repentinamente, oyó una voz conocida:

—¡Fanny!

La muchacha, todavía caída, se volvió.

—¡Butch! —sollozó—. ¡Estoy aquí!

Potter corrió unos cuantos pasos, pero, de repente, se detuvo, no menos asombrado que Fanny. Aquellos dos hombres, ¿cómo podían ser tan parecidos en su monstruosa fealdad?

De repente, lo comprendió todo. Uno de ellos no era Hugo.

La pelea continuaba con singular ferocidad. De súbito, cuando Potter saltaba ya al escenario, uno de los contendientes consiguió derribar a su adversario, que cayó de espaldas poco menos que inconsciente.

Potter no tenía ganas de que continuase la pelea, sino que ansiaba solucionar el enigma, y ello sólo lo podría conseguir inutilizando a los dos contendientes. El otro se volvió hacia él, pero Potter se anticipó y le golpeó en el pecho, lanzándolo contra el recipiente lleno de petróleo.

El hombre cayó de espaldas y el petróleo saltó a chorros. Sin embargo, no había perdido el conocimiento y se sentó en el interior del cuenco. Ebrio de ira, sacó una pistola.

—¡No lo haga! —gritó el joven, a la vez que se tiraba a un lado.

La pistola emitió un estampido. Inmediatamente surgió una terrible llamarada, inflamado el petróleo por el fogonazo del disparo.

El hombre aulló horriblemente. Convertido en una antorcha viviente, se puso en pie.

El dolor de las quemaduras le hizo llevarse las manos a la cara y arrancarse algo.

Entonces, su rostro auténtico quedó al descubierto.

—¡Irvine! —exclamó Potter, atónito.

Los gritos del sujeto eran horripilantes. Pero había otro peligro: gran parte del petróleo inflamado se había extendido por la tablazón del escenario y el incendio resultaba inevitable.

Irvine cayó al suelo, consumiéndose vivo, en medio de gritos desgarradores. Potter corrió hacia Fanny, que parecía incapaz de reaccionar y la levantó en brazos. Entonces vio que estaba bloqueada la salida por las llamas.

Algunas bambalinas ardían ya. El calor era cada vez más intenso.

Entonces, inesperadamente, el otro hombre se acercó a ellos y movió una mano.

—Síganme, yo les sacaré sin daño —dijo.

Potter le miró un instante.

—Hugo, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces... todo lo hizo él. —Señaló con la cabeza el montón de carne ennegrecida en la que ya no se apreciaba el menor movimiento.

—El lo hizo —confirmó Zowan—. Y yo tengo las esmeraldas..., pero, por favor, no perdamos más tiempo o nos abrasaremos también.

* * *

El sargento Grobbs se marchó, después de haber conversado largamente con todos los presentes. Potter sirvió otra ronda de bebidas.

—Y bien, Hugo —dijo al cabo—. Creo que ha omitido algunas explicaciones. ¿Por qué no nos las da a nosotros?

Zowan asintió, con la mano en la cintura de Lisa.

—Es cierto que Madeline quiso vengarse de mí, porque yo había preferido a Gale.

Gale no pudo soportar mi fealdad y no se lo reprocho, pero tanto ella como su hermana y la escritora conocían el asunto de las esmeraldas y, según parece, quisieron sacar tajada del botín.

»Irvine no estaba dispuesto a compartir esa fortuna con nadie y por eso simuló el fracaso que concluyó con la muerte de Madeline y la de Trew, al mismo tiempo. Por lo visto, convenció a Amy para que asesinara a Trew, con la promesa de mayor participación en el botín.

—Y luego, claro, eliminó a las otras dos competidoras —dijo el joven.

—Tenía que hacerlo. Aunque presumiera de lo contrario, lo cierto es que sus números estaban ya muy vistos y, puesto que le faltaba yo, no podía renovar el repertorio. Ya sólo le faltaban tres actuaciones para cumplir su contrato con el Turnwall, y no podría seguir, puesto que el empresario no iba a volver a contratarle.

Tendría que actuar en escenarios de ínfima categoría y ello le resultaba insoportable.

—Con el cuarto de millón, más las cincuenta mil libras de Fanny, podría haberse retirado sin problemas económicos, ni mengua de su dignidad, ¿no es así?

—En efecto. Sin embargo, nunca consiguió encontrar las esmeraldas, que fueron dejadas primero en Tilton Priory y luego trasladadas al teatro. Por Gale, aunque parezca sorprendente.

—Es extraño que no intentase venderlas —observó Potter.

—Sabía que Irvine abandonaría el teatro dentro de pocos días. Entonces, volvería a recogerlas, pero la muerte de Madeline varió un tanto sus planes y las dejó en el mismo sitio.

—¿Puedo saber cuál era el escondite? —preguntó el joven.

—Demasiado vulgar: la cisterna de uno de los inodoros. Y también encontré un paquetito con muchos billetes, cincuenta mil libras en total —concluyó Zowan, con la vista fija en Fanny.

—Bien, Hugo, eso ya está aclarado. Pero las esmeraldas tienen una procedencia ilegal.

Alguien se las pedirá.

—Y como yo las he encontrado y las voy a devolver, cobraré una sustanciosa prima, que servirá para mi operación de cirugía estética.

—Estupendo —sonrió Potter—. Nunca imaginé que Irvine se disfrazase como usted.

Todos creíamos que era usted el culpable, Hugo.

—En medio de todo, es preciso reconocer que era un artista. Cambiaba de aspecto en numerosas ocasiones, a fin de dar amenidad a su actuación.

—Sí, pero había trucos. Porque no irá a decirme que Madeline «ardía» todas las noches.

—Oh, era un truco muy sencillo. En primer lugar, el líquido que

salía de la lata «olía» a petróleo, pero era agua coloreada. De los bordes del cuenco salían unos orificios de unos conductos de gas, que se prendían fuego por contactos eléctricos. Las llamas no tocaban nunca a Madeline, salvo la noche en que Irvine echó petróleo auténtico en el cuenco.

—¿Qué me dice de los coches que incendió, uno de ellos con Amy en su interior?

—Utilizó el mismo procedimiento, aunque añadió magnesio a la mezcla combustible, que se inflamaba por una simple chispa eléctrica. Quería que todo pareciese una venganza mía.

Zowan meneó la cabeza.

—Ahora me siento mucho mejor, pero hasta estos momentos me pareció que había hecho un viaje al centro de! infierno.

—Tu vida ha sido un infierno estos tiempos, pero cambiará sustancialmente dentro de muy poco —aseguró Lisa.

—Me parece que tu vida y la vía también van a cambiar muy pronto —dijo Potter, cuando Zowan y Lisa les hubieron dejado solos.

Fanny sonrió.

—¿Estás seguro?

—Creo haber pedido tu mano. ¿O lo he soñado?

Fanny se arrojó en sus brazos.

—No lo has soñado, querido —respondió.

* * *

Dormían profundamente, abrazados y muy juntos, cuando sonó una serie de timbrazos en la puerta. Fanny dijo algo entre sueños. Potter, maldiciendo en voz baja, saltó de la cama, se puso la bata y fue a abrir, tratando de despejarse por el camino.

El visitante era un hombre algo mayor que él, atractivo y de expresión sonriente y amistosa.

—Hola, Butch —saludó—. Soy el primo George. ¿Cómo estás?

Potter se quedó con la boca abierta.

—E..., el hijo de tía Georgina...

—Exacto. He aparecido al fin.

Potter se palmeó la mejilla.

—Menuda complicación. Pasa, pasa, George... Se te dio oficialmente por muerto...

—Lo sé. Por eso he venido a verte.

—Dispensa. Acabo de despertarme. Te haré un poco de café.

—No es necesario, Butch —cortó el visitante—. Hablaremos extensamente en otro momento, aunque debes saber que ya he estado con mis abogados.

—La herencia es tuya —dijo Potter.

George asintió.

—Lo sé. Pero tú heredaste sólo porque no habían noticias mías y se me dio por muerto. Ahora, al regresar, entrará en vigor el primer testamento. Mamá te dejaba una manda de importancia, ¿lo recuerdas?

—Si, pero..., ¿qué pasará con lo que he gastado?

—Oh, eso no tiene importancia. No pienso reclamártelo... Además, me iré pronto del país otra vez. Me gustaría que fueses mi administrador.

—Bueno...

Fanny apareció en aquel momento, cubierta con una bata y con los ojos cargados de sueño.

—Butch, cariño, ¿quién es ese pelmazo?

—El primo George. Acaba de resucitar. George, te presento a la señora Potter.

—Es guapa —dijo el «resucitado»—. Te felicito, os felicito a los dos.

—Gracias —contestó Potter—. Oye, primo, ¿dónde diablos has estado todos estos años?

George sonrió.

—En el centro del infierno —contestó.

Potter parpadeó. Sabía vagamente que George pertenecía a los servicios secretos. Debían de haberle encargado una misión de tanta importancia que había permitido que se le declarase por muerto oficialmente.

Sin saber por qué, pensó en Hugo.

—Pero has salido del infierno —dijo.

—Por suerte, Butch. Volveremos a vernos. Prima Fanny, encantado de conocerte.

Potter y su esposa, quedaron a solas. Ella parecía muy —perpleja.

—Entonces, George reclama tu herencia.

—¿Lo lamentas?

—¿Te acogerás otra vez al subsidio de paro? —preguntó ella, maliciosa. Le abrazó apasionadamente—. Oh, no me importa en absoluto, cariño. Además, he oído lo que te decía. Lo importante es tenerte a ti, amor mío. —Le besó cálidamente y agregó—: A tu lado, me siento... en el centro del cielo.

F I N